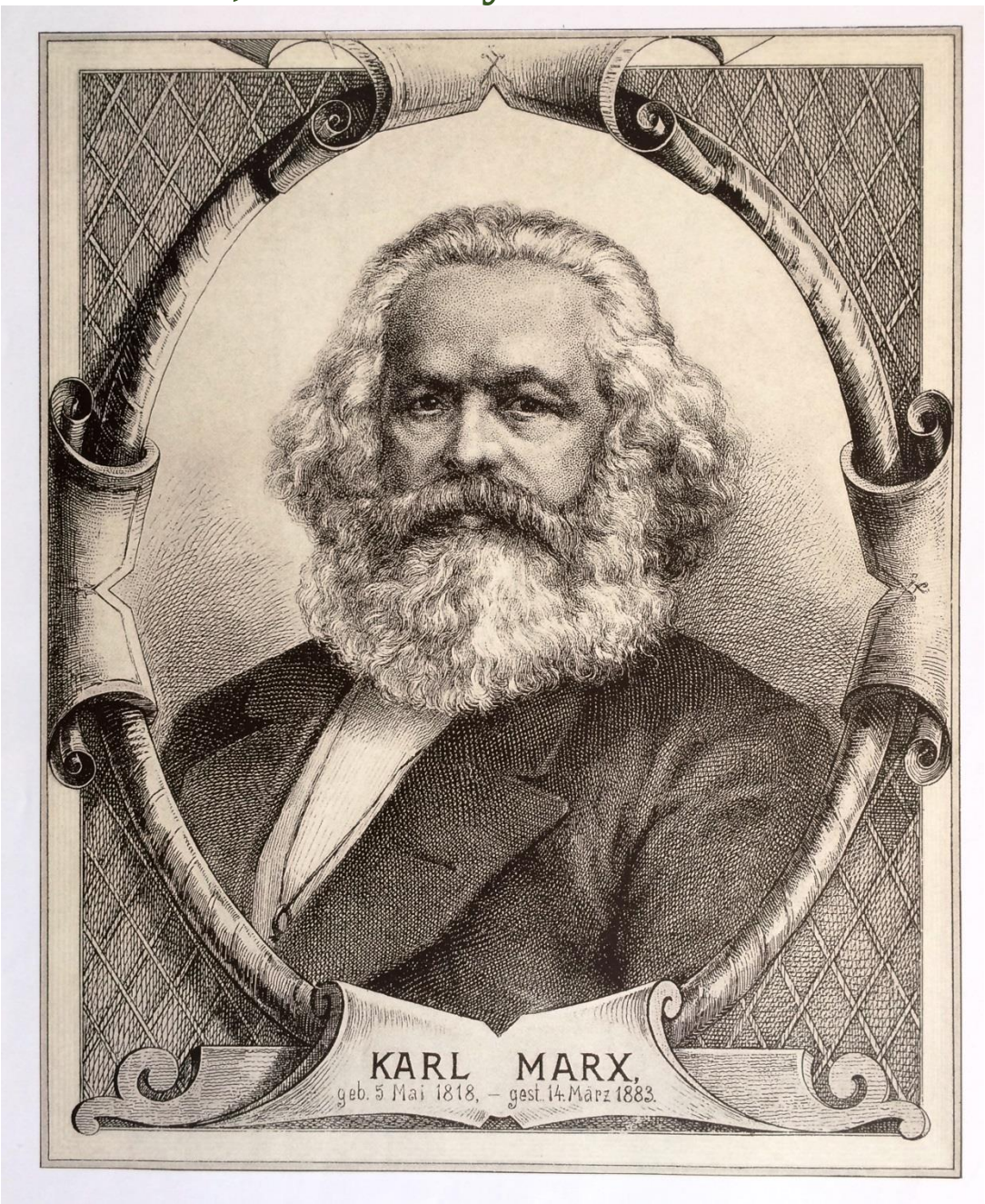
KARL MARX Y EL MARXISMO

A 200 años del natalicio de Marx: Teoría, historia y América Latina



Juan J. Paz y Miño Cepeda

Quito, mayo/septiembre 2018

CUADERNOS DE
Historia y Presente
www.historiaypresente.com
No. 1
Quito, mayo 2018
Actualización: septiembre 2018

Karl Marx y el marxismo
A 200 años del natalicio de Marx: teoría, historia y América Latina

© Juan J. Paz y Miño Cepeda

Cuadernos de *Historia y Presente*
No. 1
Quito, mayo 2018
Actualización: septiembre, 2018.

Edición digital en pdf.
www.historiaypresente.com

ISBN

Imagen de portada: F. Gentner, o.J.

Contenido

PRESENTACIÓN 7
La Revolución de Octubre de 1917: una "locura mística" 8
"El Capital" y América Latina 11
El Capital: 150 años 16
Un año para la reflexión sobre Marx a 200 años 18
Marx: la *acumulación originaria* en América Latina 21
Marx, Bolívar y la independencia 24
¿Y qué es la determinación económica de la sociedad? 27
Rusia y América Latina 30
Marx y la "lucha de clases" en América Latina 33
Marx y la Doctrina Social Católica 36
Marx y la inequidad social en América Latina 39
Marx y los orígenes del partidismo marxista latinoamericano 42
Marx y la izquierda en América Latina 45
Marx en "recesión" 48
Retorno del marxismo 49
Ecuador: ¿la búsqueda de un nuevo "socialismo"? 50
Socialismos y cuestión social 50
Socialistas y comunistas 52
Entre luces y sombras 54
La crisis 56
¿Cuál "socialismo" para el futuro? 58

PRESENTACIÓN

El nombre de Karl Marx (1818-1883) es ampliamente reconocido. Su obra fundamental, *El Capital* fue publicada en septiembre de 1867. Por tanto, en 2017 cumplió 150 años de existencia. Y el 5 de mayo de 2018 se conmemoran 200 años del natalicio de este científico social.

Con motivo de tan importantes acontecimientos, en esta obra reúno una serie de artículos que he publicado en varios medios, entre los que destaco a *Firmas Selectas* de *Prensa Latina.*

Los artículos dan a conocer el significado de los escritos de Marx para la historia contemporánea. Se trata de textos destinados a un amplio público lector, de manera que he procurado ser sintético y realizar solo aquellas citas indispensables, a fin de que esta obra pueda ser leída sin interrupciones.

Al final, como una sección especial, incorporé varios artículos que tienen relación con el tema central tratado, porque sirven igualmente de guías para la comprensión de la teoría de Marx.

Todos los textos han sido revisados y sobre los originales realicé ciertas reformas de títulos o de contenidos gramaticales, con el exclusivo propósito de dar actualidad a la redacción.

Espero que este conjunto de escritos cumplan su doble cometido: renovar el estudio de las obras de K. Marx y aprender con ellas a mantener un *pensamiento crítico* frente a las realidades del mundo y particularmente del Ecuador y de Nuestra América Latina.

Quito, mayo (y septiembre) de 2018.

La Revolución de Octubre de 1917: una "locura mística"

Se conmemoró en 2017 el Centenario de la Revolución de Octubre en Rusia (también conocida simplemente como Revolución Rusa), con la cual se inició el camino de ese antiguo imperio a una nueva sociedad: el socialismo.

Sobre el tema se han escrito miles de textos. Pero hay algunos que tienen particular importancia histórica. Uno de ellos es la *Historia Universal* en dos tomos, publicada por el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la otrora Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y la Editorial Progreso (en español, 1977), bajo la coordinación del célebre profesor A. Z. Manfred. Otra es la *Historia del Partido Comunista [Bolchevique] de la URSS*, redactada por una Comisión del Comité Central de ese partido, y publicada en español por Ediciones de Lenguas Extranjeras en Moscú, en 1939.

Estas dos obras circularon en toda América Latina.

La *Historia del PC-URSS* ubicó la trayectoria de ese partido en el contexto del nacimiento y desarrollo de la Revolución Rusa: la abolición del régimen de servidumbre, el desarrollo capitalista, el auge del movimiento revolucionario, la primera revolución de 1905, la I Guerra Mundial, la caída del zarismo en la Revolución de febrero de 1917 (marzo en el calendario gregoriano), el triunfo de los bolcheviques en octubre del mismo año (noviembre en el calendario gregoriano), la construcción del nuevo país bajo el liderazgo de V. I. Lenin, la edificación socialista posterior.

La *Historia Universal*, por su parte, trató en el primer tomo la evolución humana general desde la "sociedad primitiva", pasando por las sociedades "esclavistas", el "feudalismo", el nacimiento del "capitalismo", hasta la I Guerra Mundial. Sin embargo, los eruditos autores de la obra no se ciñeron ciegamente al dogmático esquema de los cinco "modos de producción" que consagró J. V. Stalin en un breve texto titulado *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico* (publicado en 1938) y que tergiversó los conceptos de Marx, dogmatizando un esquema historicista que pretendía tener valor universal y que, si se observa con rigurosidad científica, no se aplica para América Latina donde, por ejemplo, no existió el "modo de producción feudal", ni el esclavista, y el capitalismo tampoco se extendió en todos los países bajo un mismo ritmo. En Ecuador, solo la reforma agraria de 1964 logró la superación definitiva del *sistema hacienda*, en el que las relaciones serviles y el dominio terrateniente hegemonizaron desde el siglo XVIII.

En el primer tomo, casi ni se topa a América Latina. Y es el capítulo final el que brinda los antecedentes y el primer eslabón revolucionario logrado en febrero de 1917, con la abolición del zarismo. Pero es el segundo tomo el que tiene singular atractivo: comienza precisamente con la Revolución de Octubre y avanza en un pormenorizado estudio de la construcción del socialismo en la URSS y en el mundo, la II Guerra Mundial, sin dejar de referirse al imperialismo norteamericano, aunque dedica apenas un corto capítulo al "Auge de la lucha antimperialista de los pueblos de Asia, África y América Latina".

Los libros referidos trajeron la versión "oficial" de la URSS sobre el mundo y sobre su propia realidad. Sirvieron, en su momento, para contrastar y hasta contrarrestar la gigantesca propaganda ideológica y mediática que siempre se realizó contra el "comunismo" y contra la URSS como su cabeza, especialmente en el contexto de la guerra fría.

Remontándose en el tiempo, la Revolución Rusa fue conocida en Ecuador a través de los dos o tres periódicos de amplia difusión que había en el país a fines de la década de 1910. Se trataba de medios regionales (Costa y Sierra) en un país dividido geográficamente de norte a sur por la cordillera de los Andes. En Quito, capital tradicionalmente hegemónica en el campo de los debates e intereses políticos, fue diario *El Comercio* el que traía las noticias más impactantes sobre la I Guerra Mundial y, desde marzo de 1917, las inquietantes noticias sobre los acontecimientos en Rusia.

Las informaciones llegaban por cable, desde agencias situadas en Francia, Bélgica, España, Italia y los EEUU. La primera fue publicada el 17 de marzo de 1917 bajo el título "La Revolución en Rusia". A día sucesivo se conoció –y en forma pormenorizada- el derrumbe del zarismo. Y en noviembre la toma del poder por parte de los bolcheviques.

Siempre hubo una sombra de dudas. A fin de cuentas Rusia era un país lejano, desconocido, exótico. Y la palabra "comunismo", que ya se había empleado ocasionalmente aún antes (Eloy Alfaro, líder de la Revolución Radical de 1895, fue tildado de "comunista" en alguna hoja volante de 1910), pasó a formar parte del léxico político nacional para atacar toda manifestación de orden popular o laboral.

Pero, vista desde otro ángulo histórico, la Revolución Rusa, mal o bien conocida, contribuyó a la afirmación de los primeros grupos socialistas ecuatorianos, cuyos intelectuales estaban mejor informados sobre el tema.

El 16 de noviembre de 1924 apareció *La Antorch*a, primer periódico socialista del Ecuador. La Revolución Juliana del 9 de julio de 1925 instauró un gobierno identificado con la naciente izquierda y creó el ambiente social/político para la fundación del Partido Socialista en 1926. En su Asamblea inaugural se reivindicó la socialización de los medios de producción y se exaltó la "dictadura del proletariado" como "fase transitoria, hasta conseguir la extinción de la clase capitalista".

Aún así, había posiciones críticas sobre el "bolchevismo", el "comunismo" y lo que sucedía en la URSS. En una de las sesiones intervino Ricardo Paredes, Secretario General del PS para criticar, a su vez, a quienes sostenían que la Revolución Rusa era una "locura mística", y para defender la doctrina de Karl Marx, dedicando varios minutos a explicar lo que fue la Revolución Rusa y los logros de la URSS, tan admirables para el mundo.

Uno de los temas de esa asamblea fue la afiliación a la III Internacional Comunista. Hubo un confuso episodio sobre el asunto, que no quedó aclarado. Años más tarde, Ricardo Paredes viajó a la URSS para participar en el VI Congreso de la Internacional Comunista. A su retorno logró que el partido ratificara la afiliación. Pero ello provocó divisiones y hasta protestas, de modo que en el II Congreso del Partido Socialista, realizado en 1931, se resolvió la creación del Partido Comunista del Ecuador,

claramente pro-soviético. El marxismo político quedó dividido, en adelante, en dos partidos que reivindicaron para sí la autenticidad para la conducción de la revolución ecuatoriana.

Ha pasado tanto tiempo desde aquellos días felices y revolucionarios. Hoy ya no existe la Unión Soviética y los partidos marxistas ecuatorianos sufren –desde hace décadas- de esclerosis histórica múltiple, sin ofrecer alternativas válidas para el futuro "socialista" del país.

Pero hay tres principios históricos que constituyen una herencia de la izquierda ecuatoriana (y latinoamericana) desde la época de la Revolución de Octubre:

- primero, el Estado tiene que jugar un papel rector y regulador de la economía, que ha sido un rasgo de la lucha antioligárquica y contra el dominio de las burguesías rentistas y atrasadas de la región;
- segundo, el fortalecimiento de los derechos laborales y de los servicios sociales (educación, salud, seguridad social, vivienda), han asegurado, desde el Estado, el mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de la población que nunca llegaron de la mano de la "iniciativa privada";
- y, tercero, es necesario promover una fuerte redistribución de la riqueza, sobre todo a través de los impuestos directos como el de rentas (y hoy sobre patrimonios, herencias o plusvalías), que encienden las pasiones contrarias de los propietarios del capital, que creen que este tipo de instrumentos tributarios solo representan la rapiña de los Estados a los recursos que suponen provenir de su "trabajo" emprendedor y hasta sacrificado, sin mirar los siglos de explotación a los sectores populares subordinados al dominio del capital.

A cien años de la Revolución de Octubre, América Latina continúa la lucha por la construcción de esa utopía que significa dejar atrás el capitalismo por la edificación de una nueva sociedad.

Quito, 18/octubre/ 2017
https://bit.ly/2vYSwqk

“El Capital” y América Latina

En 1972, la prestigiosa editorial Pasado y Presente publicó el libro *Materiales para la Historia de América Latina*, una antología de textos de Karl Marx y Friedrich Engels. Eran tan solo 350 páginas y casi lo único que se podía encontrar en todo lo que los fundadores del marxismo escribieran y que se conocía hasta ese momento. Muy poco material, si se lo compara solo con el primer tomo de *El Capital* (1867) que tiene unas 770 páginas y frente a los 50 tomos de las *Obras completas* de K. Marx y F. Engels que “Historia y Crítica” ha difundido en pdf, a través de su portal web (https://goo.gl/DoO6eT y también https://goo.gl/SDh83K)

A esos materiales habría que unir otros textos de Marx no recogidos en la edición de PyP, como los incluidos en el libro *Sobre el modo de producción asiático* (1969) que prologó Maurice Godelier (https://goo.gl/CYhqGL).

Marx y Engels obraron con los conocimientos de la época y a su genialidad sobre el mundo europeo unían sus limitaciones sobre otras regiones, como América Latina. El historiador marxista británico Eric Hobsbawm, quien hizo un concienzudo análisis de las fuentes utilizadas por Marx y Engels para el prólogo del libro *Formaciones económicas precapitalistas* (publicado por PyP en 1972) incluso demostró que los conocimientos de ambos intelectuales eran “débiles” en lo relativo a la prehistoria, sociedades comunales primitivas, América precolombina; “virtualmente inexistentes” en cuanto a África; “no era notable” sobre el Medio Oriente antiguo o medioeval; pero “marcadamente superior” sobre ciertas partes del Asia, en especial la India; “pero no sobre Japón”; “bueno” en lo que se refiere a la antigüedad clásica y Edad Media europea; para su época era “sobresaliente” en lo relativo al ascenso del capitalismo.

Además, el propio Marx tuvo tremendas equivocaciones, como la biografía sobre Simón Bolívar escrita en 1858 para *The New American Cyclopedia*, que se basó en fuentes secundarias de oficiales enemigos de El Libertador. Marx llegó a escribir a Engels: “La fuerza creadora de mitos, característica de la fantasía popular, en todas las épocas ha probado su eficacia inventando grandes hombres. El ejemplo más notable de este tipo es, sin duda el de Simón Bolívar”. Es una tergiversación basada en el desconocimiento, que hoy rechazaría cualquier bolivariano latinoamericanista.

Pero en la propia URSS todavía se utilizó como válida esa biografía, y se lo hizo de una manera tan dogmática, que la interpretación errada de Marx se reprodujo en las primeras obras sobre la historia latinoamericana a fines de los años 30, cuando creció el interés por la región alentado por los trabajos de V. Miroshevski, pionero en el latinoamericanismo soviético. Esos estudios hoy son casi imposibles de conseguir.

También era limitante la apreciación de Marx sobre el Incario, al que supuso tener un modo de producción parecido al “asiático”, mientras hoy está en claro, sobre todo gracias a los trabajos sobre la economía incásica de John V. Murra (1975 y 1978), que lo que hubo es un modo de producción “andino”, ni comunista, ni socialista, como creía Louis Baudin en su publicitado libro *El imperio socialista de los Incas* (1940), quien sustenta una idea que el peruano José Carlos Mariátegui supo rebatir muchos años antes.

En cambio, el capítulo XXIV sobre "La llamada acumulación originaria" del primer tomo de *El Capital* es de una lucidez inigualable, pues comprende perfectamente la relación colonial y el saqueo mercantilista sobre Latinoamérica.

Los dogmatismos de todo tipo suelen confiar en que todo lo dicho por Marx y Engels es cierto y verdadero. Pero Engels siempre aclaró "Nuestra concepción de la historia es, por sobre todo, una guía para el estudio, y no una palanca para construir a la manera de los hegelianos". De modo que lo que hay que distinguir es la teoría y metodología de Marx con respecto a las investigaciones concretas que él mismo realizó.

En su célebre *Prólogo de la Contribución a la crítica de la Economía Política* (1859), Marx dice, muy claramente, que después de una serie de estudios llegó a un "resultado general" que en adelante le sirvió de "hilo conductor" para sus estudios, y que lo resumió allí en una serie de conceptos y tesis abstractas. Entendido así el asunto, con ese "hilo conductor", es decir, con su teoría y su método, Marx estudió el capitalismo y como resultado de esta investigación escribió *El Capital*.

En su obra se propuso descubrir las "leyes" que presiden o determinan el sistema y lo hizo: el eje central del capitalismo es la *ley de la plusvalía*; pero además descubrió otras "leyes" (es decir otras "tendencias", como lo aclara el mismo Marx) y ante todo aquella que sirve de base para la creación de un nuevo sistema: la socialización creciente de las fuerzas productivas frente a la privatización de las relaciones de producción.

No hay duda que Marx dio a la humanidad una concepción del mundo y un análisis sobre el capitalismo, como sus mayores contribuciones intelectuales. Toca a los latinoamericanos saber utilizar el "hilo conductor" (teoría y método) de Marx para investigar la realidad específica de la región, que no puede suplirse con simples etiquetas, conceptos y abstracciones teóricas realizadas por Marx sobre la base del capitalismo europeo.

Pero a siglo y medio de la obra cumbre de Marx, en 2013 circuló el libro (el original en francés y edición en español del 2014) con un título bastante sugestivo para el presente: *El Capital en el siglo XXI* del economista Thomas Piketty, director de estudios en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS) y profesor asociado de la *Escuela de Economía de París*. La obra rápidamente se convirtió en "best seller" mundial y enseguida despertó la irritación de las instituciones económicas internacionales, de una serie de economistas y de grandes capitalistas que se lanzaron a desprestigiar los contenidos del libro de Piketty.

El Capital de Piketty ni de lejos se compara *a El Capital* de Marx. La obra del primero se reduce a un examen específico: la concentración de la riqueza y su distribución desde el siglo XVIII, utilizando para ello información estadística de una veintena de países. Tampoco aparece allí América Latina, aunque su autor ha aclarado que esa ausencia está motivada por la falta o dificultad para obtener estadísticas históricas como las que se halla en Europa o los EEUU.

Al exitoso libro hay que unir otro que se publicó en español en 2015, titulado *La crisis del capital en el siglo XXI* (el original francés es de 2011), que recopila artículos escritos desde el 2004.

Piketty retoma el camino destacado por Kuznets en 1953, cuando examinó la distribución de los ingresos en los EEUU entre 1913-1948, pero aborda ahora el tema en el largo plazo y sobre la base de considerar a los principales países del mundo.

La obra de Piketty, aunque limitada al asunto de la distribución de la riqueza, tiene el valor de examinar un impresionante material (en realidad tuvo un equipo de investigadores y colaboradores) con sentido histórico y sobre la base de fuentes primarias (declaraciones de impuestos sobre los ingresos, sucesiones patrimoniales), lo que permite entender las realidades de la economía desde una perspectiva poco o nada usual en un mundo dominado por las visiones neoliberales y cuantitativas, pues, en definitiva, combina economía e historia.

Esquemáticamente cabe señalar lo central de su argumentación: durante los "años dorados" del capitalismo, es decir, las tres décadas comprendidas entre 1950-1970, hubo crecimiento continuo y disminución de las desigualdades; pero entre 1980 y 2013, años de la "desregulación", el crecimiento fue menor y, además, aumentaron las desigualdades, tanto en *ingresos*, porque un 10% de la población recibe entre 30 y 50% de los ingresos, pero sobre todo en cuanto a *riqueza*, es decir, en la desigualdad de patrimonios, pues apenas el 10% recibe entre 50 y 90% de la riqueza; lo cual significa que hoy los ricos son más ricos y los multimillonarios apenas representan el 1%.

Se ha retornado a una "sociedad patrimonial", que supera al crecimiento (la tasa de retorno es mayor que la tasa de crecimiento: R>C), a pesar de que muchos de los multimillonarios no son emprendedores; y esto ha ocurrido por la desregulación financiera y estatal.

Para Piketty esto trae una serie de implicaciones políticas, porque la idea de que el Estado debe disminuir o achicar no es consistente con la evidencia empírica sino todo lo contrario: se vuelve necesario, a estas alturas del mundo, regular esa distribución/concentración negativa de la riqueza para la sociedad en su conjunto y beneficiosa para una elite económica, de manera que se requerirá apuntalar los impuestos directos y sobre todo aquellos que afectan al patrimonio, como es el impuesto a las herencias. Con ello se puede lograr una redistribución de la riqueza, y mayor equidad.

Ahora bien, aunque Piketty reconoce no haber trabajado sobre América Latina, la CEPAL lo hacía desde años atrás y hay varias publicaciones a las que se puede acudir: *La hora de la igualdad: brechas por cerrar, caminos por abrir*. (2010); *Cambio estructural para la igualdad: una visión integrada del desarrollo* (2012); *Pactos para la igualdad: hacia un futuro sostenible* (2014); *Evasión tributaria en América Latina: nuevos y antiguos desafíos en la cuantificación del fenómeno en los países de la región* (febrero 2016); *Tributación para un crecimiento inclusivo* (marzo 2016) (www.cepal.org/es)

Al recibir al economista francés en enero de 2015, Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de la CEPAL, hizo notar la coincidencia en cuanto a las investigaciones y expresó: "Señor Piketty, la experiencia de los modelos neoliberales aplicados en América Latina, en particular durante los años ochenta y noventa muestra que estos no solo no alcanzaron tasas de crecimiento altas y sostenidas, sino que profundizaron las desigualdades e incrementaron el deterioro en los indicadores de distribución de

ingresos, además de privatizar bienes, procesos industriales y servicios de gran relevancia pública. La concentración de la riqueza alcanzó niveles desproporcionados. De ahí la necesidad de proactivamente elaborar e implementar políticas públicas en los ámbitos fiscales, productivos y sociales". Y también destacó que en América Latina en promedio, el 10% de los hogares más ricos de la región concentra 32% de los ingresos totales, mientras que, en el otro extremo, el 40% de los hogares con menores ingresos capta en promedio solo 16% del ingreso total.

En cada país latinoamericano puede comprobarse las brechas existentes en la concentración de los ingresos y de la riqueza, que han determinado que la región sea la más inequitativa del mundo. En Ecuador la situación es impactante, de acuerdo con la investigación "El proceso de internacionalización de los grupos económicos del Ecuador: una perspectiva histórico-económica" (2014), realizada en la Facultad de Economía de la PUCE: en 2014, los 115 grupos económicos (hoy son 125) solo representan a 3.757 personas, pero sus ingresos equivalen al 46% del PIB del país (2012) y su cumplimiento tributario por concepto del impuesto a la renta bordea el 2,1%, aunque 23 de ellos pagan menos de U$ 1,00 de impuesto a la renta por cada U$ 100 de ingresos, es decir, su carga fiscal es inferior al 1%.

Pero lo que se requiere subrayar es que la concentración de la riqueza se agudizó durante los años ochenta y noventa a consecuencia del modelo empresarial-neoliberal.

Si *El Capital* de Piketty sirve a los latinoamericanos tanto como los estudios de la CEPAL son para reafirmar la necesidad de Estados interventores y reguladores de la economía y acabar definitivamente con la ideología que supone al mercado y a la empresa privada como dioses rectores para la vida de la sociedad.

Además, sobre la base de Piketty y más aún de la CEPAL, ya no caben dudas sobre la necesidad de fijar fuertes impuestos a los patrimonios de las elites ricas y a las ganancias de las elites empresariales, lo cual significa mayores proporciones de impuestos directos como los de herencias, plusvalías, ganancias y rentas. Y ello tiene más implicaciones políticas, porque realizar semejante tarea, para la que no están dispuestos a ceder un milímetro los poseedores y concentradores de la riqueza, requiere no solo de una correlación de fuerzas que respalde esa tarea, sino de gobernantes que tengan igualmente el suficiente poder y decisión política para llevar adelante esta verdadera misión histórica.

Desde 1999 cuando se inició el ciclo de gobiernos progresistas, democráticos y de nueva izquierda en América Latina se creó el espacio que se necesitaba para imponer el Estado y los impuestos a las elites enriquecidas. Se avanzó enormemente, según lo constatan los estudios de la propia CEPAL. Aun así, el promedio de impuestos en la región es de apenas el 20% del PIB y Ecuador está todavía por debajo de esta línea, porque llega al 19%. Según Piketty, no hay en la historia país alguno que pueda generar mejor riqueza con menos del 20% tributario.

Si es cierto que se ha agotado o peor aún ha llegado a su fin el ciclo de gobiernos progresistas, el problema que enfrentará América Latina en su inmediato futuro es el de la reversión de la tendencia hacia la redistribución de la riqueza junto con la detención del Estado para imponer los intereses colectivos sobre los intereses privados movidos por el simple afán de lucro y sin responsabilidades sociales.

El retorno de las derechas económicas en nada garantiza la continuidad de las políticas sociales y mucho menos la posibilidad de políticas destinadas a gravar patrimonios, ganancias y riquezas. Y desde la perspectiva del largo plazo, el camino para que el trabajo y la sociedad se impongan sobre el capital corre el peligro de que América Latina pase a otro ciclo histórico en el que nuevamente los intereses del capital se impongan a los del trabajo y la sociedad.

Quito, 31/mayo/2016.
https://bit.ly/2I4ps5C

El Capital: 150 años

Karl Marx aclara que *El Capital* es la continuación de su libro *Contribución a la crítica de la economía política* (1859); que el tiempo que media entre ambas publicaciones se debió a una larga enfermedad, y que el capítulo primero del primer tomo de *El Capital* resume el contenido de aquella obra.

En el famoso *Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política*, también aclara Marx que sus estudios profesionales eran los de Jurisprudencia, aunque privilegió los de Filosofía e Historia. Cuando en 1842-43 siendo redactor de la *Rheinische Zeitung* se vio en el "difícil trance" de opinar sobre la tala furtiva y la parcelación de los suelos, la polémica con el gobernador de la provincia renana, la situación de los campesinos del Mosela y los debates sobre el libre cambio y el proteccionismo, tuvo que ocuparse "por primera vez" de las cuestiones económicas.

Retirado a realizar sus estudios, Marx dice que su primer trabajo fue una revisión crítica de la filosofía del derecho de G.W.F. Hegel (1770-1831), cuya introducción se publicó en 1844; y que, para entonces, sus investigaciones le condujeron al primer resultado teórico: "la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía Política".

A consecuencia de una orden de destierro, Marx se trasladó a vivir a Bruselas. Allí prosiguió con la economía política. Y llegó a un "resultado general", que en adelante le sirvió como "hilo conductor" en sus estudios. En el *Prólogo*, Marx resume, de manera genial, su definitiva concepción teórica y metodológica, según la cual "el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual, en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia".

En la primavera de 1845 Marx se juntó con Friedrich Engels (1820-1895), con quien había mantenido una constante correspondencia y quien, además, había llegado, por su lado, a la misma concepción. Juntos decidieron romper con su conciencia filosófica anterior y redactaron *La ideología alemana*; y después, entre sus "trabajos dispersos" escribieron el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848). Además, los "puntos decisivos" de su concepción fueron expuestos en *Miseria de la Filosofía* (1847); y las conferencias ante la Asociación Obrera Alemana de Bruselas sirvieron a Marx para redactar *Trabajo asalariado y capital* (1847; 1849).

Tras suspender sus estudios económicos, Marx los reanudó en Londres, acudiendo al British Museum. Ocupó su tiempo entre los artículos periodísticos, la necesidad de sobrevivir y el examen de un material bibliográfico y documental impresionante, sobre cuyas bases redactó *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (1857-58), conocidos como *Grundrisse* y que recién se hicieron públicos en 1932, al ser descubiertos por David Riazanov, director del instituto Marx-Engels de Moscú. Marx también redactó *Contribución a la crítica de la economía política* ya señalada; y, además, entre 1861-63 escribió *Teorías de la plusvalía*, que Karl Kautsky publicó por primera vez entre 1905 y 1910, como tomo IV de El Capital.

Pero Marx se centró en la redacción del primer tomo de *El Capital*, publicado en alemán y con un tiraje de apenas 1.000 ejemplares, por la editorial Wigand. Continuó

preparando los materiales para los tomos II y III que quedaron como manuscritos y borradores.

Marx tenía 49 años de edad y llevaba casi 25 trabajando en el primer tomo de *El Capital*, comenta César Rendueles, un importante compilador de su obra (Rendueles, 2013: 22). Como perfeccionista que era, describe Francis Wheen (Wheen, 2015), su autor tardó años porque además en cada oportunidad que revisaba los textos, tenía que volver a pulirlos; e incluso el único que conoció la versión para imprenta fue Engels. Y el reconocido economista marxista Ernest Mandel encuentra que es posible recorrer paso a paso la trayectoria del pensamiento de Marx, que fue de la crítica de la religión a la crítica de la filosofía; de la crítica de la filosofía a la crítica del Estado; de la crítica del Estado a la crítica de la sociedad, es decir, de la crítica de la política a la de la economía política, que culmina en la crítica de la propiedad privada (Mandel, 1971: 3)

Durante los siguientes tres lustros Marx trató de completar su magna obra y darle un carácter integral. Afirmó su crítica teórica, así como su militancia política junto al proletariado. Le inquietó que el capitalismo más avanzado en Inglaterra y Alemania no despegara al socialismo que él visualizó como inevitable. Advirtió que los ejes revolucionarios se trasladaban a Rusia y se empleó por comprender los variados caminos del capitalismo, dedicándose a aprender ruso y a estudiar el país. En cartas con Vera Zasúlich (1881) reflejó la propia crítica a sus previsiones y determinaciones del pasado. Pero en la fase final de sus días, Marx solo alcanzó a escribir *La guerra civil en Francia* (1871), y *Crítica del programa de Gotha* (1875).

Después de la muerte de Marx, los manuscritos de *El Capital* (y otros escritos) quedaron en manos de su compañero Engels, quien fue el que preparó, editó y publicó los tomos II (1885) y III (1894) de *El Capital*.

Los 3 volúmenes de *El Capital* han merecido traducciones y múltiples ediciones. Y se constituyeron en una de las obras más leídas en todo el mundo.

_____

Referencias:
- Mandel, Ernest: *La formación del pensamiento económico de Marx de 1843 a la redacción de El capital: estudio genético*, Siglo Veintiuno Editores S.A., México, 1971.
- Marx, Karl: *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, t. I.
- Rendueles, César (selección, introducción y notas): Karl Marx, *El capital. Antología*, Alianza Editorial, Madrid, 2013.
- Wheen, Francis: *La historia de El Capital de Karl Marx*, Penguin Random House Grupo Editorial, España, 2015.

Un año para la reflexión sobre Marx a 200 años

En el esquema clásico de periodización de la mal llamada "historia universal", la Edad Contemporánea arrancó con la Revolución Francesa (1789); pero en América Latina el proceso correspondiente constituye la Independencia, aunque con sustanciales diferencias: mientras en Europa se instaura el capitalismo y ascienden las burguesías, acá no hubo revolución industrial; y la independencia, aunque tuvo participación y hasta intereses populares (liberar esclavos, redimir a los indígenas, instaurar democracias republicanas), impuso el poder de los criollos. Durante el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, en América Latina rigieron sistemas oligárquicos, de base terrateniente, comercial y hasta bancaria, pero con ausencia de capitalismo, pese a la constitución de reducidos núcleos de burguesías.

La Independencia fue, además, el primer proceso mundial de descolonización en la era del capitalismo. Y la historia republicana de América Latina no fue un "reflejo de vida ajena", como a su momento la caracterizó G.W.F. Hegel (1770-1831), en su *Filosofía de la Historia Universal*.

La "historia universal" es, en esencia, la de Occidente y con visión europocéntrica. Y hasta en la academia resulta difícil, a veces, convencer a todos que América Latina no se sujeta al esquema global, que tiene sus procesos propios y que hay que estudiarla desde otras perspectivas teóricas y metodológicas, lo cual en nada significa soslayar los ligámenes que tiene la región con Europa y con el mundo en la Época Contemporánea, más aún desde la hegemonía que adquirió el imperialismo a inicios del siglo XX o en los tiempos de la globalización, desde fines del mismo.

Tampoco se cumplen en América Latina los cinco "modos de producción" (comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo) atribuidos a K. Marx, pero cuyo esquema nunca le perteneció, pues fue una dogmatización creada por J.B. Stalin a partir de su texto *Acerca del Materialismo Histórico y el Materialismo Dialéctico*, en el que se simplifica arbitrariamente la teoría marxista.

El año 2018 luce como ocasión propicia para reflexionar sobre diversas temáticas de la historia de América Latina, y especialmente de aquellos procesos que tienen su propia singularidad en el contexto mundial.

El 1 de enero se conmemoraron los 59 años de la Revolución Cubana (1959), un acontecimiento que definió la viabilidad histórica de la derrota del capitalismo en América Latina.

Se cumplen 100 años de la Reforma Universitaria de Córdoba en Argentina, que sirvió de ejemplo para las transformaciones de las universidades en la región, bajo el impulso del movimiento estudiantil.

En la coyuntura histórica, este año habrá elecciones presidenciales en Brasil, Colombia, Costa Rica, México, Paraguay y Venezuela. La restauración conservadora ha ganado terreno en América Latina, de modo que la esperanza por el espacio del progresismo de izquierda marca lo que pueda ocurrir en Brasil y Venezuela, aunque en este país la Revolución Bolivariana tiene una firmeza política difícil de revertir.

En el largo plazo histórico el progresismo latinoamericano de izquierda, que ha determinado un ciclo histórico ubicado en las primeras dos décadas del siglo XXI, se constituyó como una alternativa válida de superación del capitalismo neoliberal que dominó la región durante las décadas finales del siglo XX y también se ha ofrecido como un régimen que puede servir de transición hacia una sociedad socialista, un tema sobre el cual habrá que ahondar en los estudios teóricos.

En esa perspectiva de reflexión, en 2018 se conmemora el bicentenario del natalicio de Karl Marx (1818-1883), cuya teoría ocasionó una revolución en la forma de entender y estudiar el mundo contemporáneo y particularmente la economía capitalista.

El marxismo latinoamericano tiene una larga historia, que se remonta a las décadas iniciales del siglo XX, aunque en 1896 se fundó el Partido Socialista en Argentina, con la participación de inmigrantes alemanes, franceses e italianos. Allí fue fundamental la difusión del marxismo por parte de Juan B. Justo (1865-1928), quien incluso tradujo *El Capital*.

En general los partidos socialistas y comunistas de América Latina se constituyeron entre 1910 y 1930, siendo decisiva la influencia de la Revolución Rusa (1917) al instaurar el primer país socialista inspirado en las ideas de Marx. Pero hubo serias discusiones al respecto de seguir a la II Internacional o a la III, aunque los partidos comunistas finalmente obraron en subordinación a la III Internacional y al marxismo oficial que se estableció en la ex URSS. Así ocurrió en Ecuador, pues en 1926 se fundó el Partido Socialista (PSE) y en 1931 el Partido Comunista (PCE) que se vinculó de inmediato a la III Internacional, en un confuso episodio que provocó la larga ruptura con el PSE

El marxismo partidista privilegió consignas, estrategias, tácticas y programas para librar la lucha de clases. Pero pocos, como José Carlos Mariátegui (1894-1930) intentaron una renovación y aplicación de la teoría a las realidades y condiciones latinoamericanas.

A raíz de la segunda postguerra mundial, el marxismo se difundió y arraigó en América Latina. La evolución socialista de Cuba despertó reflexiones teóricas nuevas porque su proceso no se ajustó a los dogmas que se habían forjado en el pasado.

Desde la década de 1960 la proliferación de partidos, grupos, movimientos identificados con el marxismo multiplicaron no solo las opciones políticas de lucha contra el capitalismo sino también las divisiones entre esas izquierdas, pues cada una asumió representar la autenticidad revolucionaria y la verdad teórica. Lastimosamente ese fenómeno limitó el desarrollo del propio marxismo.

El presente año puede servir, por tanto, para retomar el estudio, análisis y reflexión sobre el marxismo desde nuevas ópticas latinoamericanas.

La teoría originaria fue elaborada sobre todo para otros contextos, y el propio Marx tuvo una visión eurocentrista y hasta algo prejuiciada sobre América Latina (poco conocía a la región), porque estuvo seriamente influido por el pensamiento de Hegel, para quien América carecía de Estado y las sociedades sin Estado están ubicadas en la "prehistoria" de la humanidad, una tesis difícil de entender si no se acude a la lectura a fondo del propio Hegel.

En sus últimos años de existencia, Marx se empeñó en comprender la realidad de Rusia y en ese camino, siempre crítico de su propia teoría, advirtió la posibilidad de otras vías de constitución del capitalismo, lo cual quedó reflejado en las famosas cartas que mantuvo con Vera Zasulich (1849-1919).

En América Latina, donde el capitalismo o no existía o era "subdesarrollado", los primeros partidos marxistas idealizaron la realidad, pretendiendo la posibilidad de revoluciones proletarias, aun cuando la clase obrera apenas estaba en formación o era nula.

En la realidad contemporánea, tan compleja y multifacética, es imposible mantener el reduccionismo clásico (Marx fue mal entendido en este punto) de la lucha de clases exclusivamente entre burgueses y proletarios. América Latina tiene una diversidad que rebasa ese reduccionismo y al menos los dirigentes de la clase obrera en varios países, como ocurre en Ecuador, han perdido el norte de la lucha por el socialismo y han servido más a ciertas causas de las derechas políticas. En este país, durante la campaña electoral de 2017, incluso quedó claramente definido un sector de la vieja izquierda partidista, supuestamente identificada con el marxismo, que generó los argumentos a favor del candidato millonario y exbanquero Guillermo Lasso, o hizo campaña abierta a su favor, por simple odio político al "correísmo", de modo que Ecuador es el único país latinoamericano en donde apareció un *sui géneris* "marxismo pro-bancario".

Con los antecedentes y esbozos expuestos, el marxismo latinoamericano tiene el desafío de alejarse del marxismo simplemente partidista, para convertirse en una teoría sujeta a la crítica y la actualización, a fin de que forme parte de la cultura de la región, como instrumento de estudio y como concepción que tiene por base tanto la ciencia como la investigación rigurosa de la realidad.

Quito, 3/enero/2018
https://bit.ly/2HElp0j

Marx: la *acumulación originaria* en América Latina

La teoría de Karl Marx (1818-1883) supo conjugar historia y economía, para explicar el capitalismo. El capítulo XXIV del primer tomo de *El Capital* trata "La llamada acumulación originaria", un texto magistral en aplicar la relación pasado y presente, pues de otro modo no se podría comprender por qué hay unas elites ricas en contraste con la enorme mayoría social.

Marx indaga el origen de la riqueza y de la pobreza en el capitalismo. Lo encuentra en la *disociación* entre el productor y los medios de producción. En otras palabras, examina el camino seguido para que unas personas posean medios de producción, mientras la enorme mayoría los fue perdiendo, hasta quedarse exclusivamente con su fuerza de trabajo. Es la *acumulación originaria*, que Marx compara, con sus constantes y metafóricas alusiones bíblicas, al pecado original.

Desde otro ángulo de comprensión, en definitiva, para que surja el capitalismo es necesario un proceso de *acumulación originaria del capital*. Marx estudia ese proceso tomando como ejemplo a Europa y específicamente a Inglaterra, pero no se refiere a la acumulación originaria en América Latina. Y realiza algunas precisiones históricas: 1) el capitalismo europeo nace de la sociedad feudal; 2) aunque ciertos *indicios* del capitalismo pueden hallarse en los siglos XIV y XV, la *era* del capitalismo arranca en el siglo XVI; 3) la acumulación originaria es distinta en cada país. Habría que añadir una cuarta precisión, clarificada a lo largo de su obra: el capitalismo, en estricto rigor, recién nace con la *revolución industrial* a mediados del siglo XVIII.

Marx realiza un estudio pormenorizado de la acumulación originaria en Inglaterra. Pero, además, hace otra precisión: no basta la disociación entre el trabajador y sus condiciones de trabajo, sino que también la burguesía, en el momento de su ascenso, necesita y emplea el *poder del Estado* para regular salarios y jornadas, a fin de mantener como *normal* la subordinación de los trabajadores al capital. Y nuevamente vuelve al ejemplo con Inglaterra: leyes que van desde la fijación de salarios mínimos hasta la prohibición de asociaciones obreras y huelgas.

De otra parte, nuevamente siguiendo la historia europea, Marx advierte que con la disociación referida no solo se creó al obrero moderno (poseedor exclusivamente de fuerza de trabajo), sino que también fue creado el *mercado interno* que requiere la producción y venta de mercancías.

En estos marcos teóricos e históricos, la colonización y la esclavitud en América son *otros tantos factores fundamentales* en la acumulación originaria de Europa, que favorecieron principalmente a España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra. Se valieron del poder del Estado, utilizaron la violencia, el cruel trato a los indígenas como en México, el pago por escalpro (cabelleras indígenas cercenadas) de indios en Norteamérica, el saqueo colonial, la supremacía comercial, las guerras comerciales, incluso la deuda pública que hizo surgir un sistema internacional de crédito, igualmente el proteccionismo, la montaña de impuestos. Por eso, "el capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza" (Marx).

Al capítulo sobre la acumulación originaria sigue y complementa otro: "La moderna teoría de la colonización" (cap. XXV). Resulta que en las colonias, la expropiación de

tierras no derivó en amplia creación de fuerza de trabajo libre, como requiere el capitalismo. Aquí se obstaculiza la oferta y demanda de trabajo, porque el obrero asalariado de hoy se convierte mañana en campesino o artesano independiente, porque las tierras tienen un precio artificial, la inmigración (como en Norteamérica) puede absorberse. Ante este cuadro, lo que Marx desea es remarcar una idea esencial: "el régimen capitalista de producción y acumulación, y por tanto, la propiedad privada capitalista, exigen la destrucción de la propiedad privada nacida del propio trabajo, es decir, la expropiación del trabajador".

Ahora bien, si Marx no examinó la América Latina (como hoy la denominamos), el estudio de la acumulación originaria en el desarrollo del primer tomo de *El Capital*, debiera comprenderse desde la perspectiva del concepto marxista del capitalismo. En definitiva, ¿cuándo existe capitalismo? Para Marx, cuando hay dos condiciones históricas: 1) propiedad privada de los medios de producción (en manos de la burguesía); y 2) existencia de un mercado libre de fuerza de trabajo (en doble sentido: de trabajadores libres de medios de producción y libres para vender su fuerza de trabajo, que es lo único que poseen).

Si se comprende bien la propuesta teórica de Marx, nuestra América Latina entró a formar parte de la *era* del capitalismo en el siglo XVI, con la conquista y la colonización. No antes. Entre los siglos XVI hasta el XVIII, mientras en Europa despegó el mercantilismo, América Latina lo hizo en el coloniaje. Esta relación, como dos caras de una misma moneda, es el momento decisivo de la acumulación originaria. Pero ni Europa, ni América eran todavía capitalistas. El error de considerar capitalista a América Latina simplemente por su vinculación al mercado mundial y por los propósitos capitalistas de la colonización, fue largamente mantenido por la *Teoría de la dependencia*, que despegó a inicios de la década de 1970 en los ambientes académicos latinoamericanos de la mano de André Gunder Frank (1929-2005) y otros intelectuales marxistas de reconocida influencia y prestigio. En Ecuador, el primer autor en suscribirla fue Fernando Velasco en su reconocida tesis de grado de economista, titulada *Ecuador: subdesarrollo y dependencia* (1972).

En América Latina la acumulación originaria ha sido más larga y tortuosa que en Europa. Ciertamente aquí también se inició en el siglo XVI; pero durante toda la época colonial, aunque hubo un proceso sistemático de apropiación de tierras, no se generó una fuerza de trabajo libre, ya que indígenas y, en general, los trabajadores rurales, que son los que predominaron, pasaron a estar sujetos a relaciones violentas de servidumbre o dependencia personal mediante endeudamientos familiares o adscripciones comunitarias a las tierras de los patronos, mientras la población negra fue sujeta a la esclavitud. En las ciudades no hubo proletarios.

La independencia y luego la construcción de las repúblicas latinoamericanas durante el siglo XIX tampoco lograron la disociación completa entre los trabajadores y sus condiciones de trabajo. Predominaron haciendas, latifundios y plantaciones con esclavos (al menos hasta su abolición prácticamente a mediados de siglo) y con campesinos e indígenas que conservaron y hasta ampliaron las relaciones de trabajo forjadas en la época colonial. En las ciudades existían trabajadores autónomos, gremios artesanales, dependientes del comercio y la banca, pero pocos obreros y mucho menos proletarios, hasta el surgimiento de las primeras manufacturas e industrias a fines del siglo XIX y eso no en todos los países, donde estos procesos demoraron.

Todas las situaciones descritas forman parte de específicos procesos de *acumulación originaria* que exigen una investigación rigurosa no solo para la región, sino en cada país. Y existen notables estudios sobre el tema, como el del ecuatoriano Agustín Cueva en un libro pionero de la sociología histórica titulado *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (1977), que concluye en observar que el capitalismo, como sistema, se implantó tardíamente en la región, coincidiendo precisamente con el despegue en el mundo de la *fase imperialista* del capitalismo, es decir, en el siglo XX.

En Ecuador, como en el resto de América Latina, el capitalismo no nació de un régimen feudal, que tampoco existió durante la colonia. A raíz de las independencias el proceso, en su largo camino, debió vencer a la *hacienda* como eje del sistema económico y al sistema oligárquico en la vida política. Pero la burguesía nació ligada a la clase terrateniente, de la cual heredó el espíritu rentista y no el que caracterizó a las burguesías europeas o a la norteamericana. La carencia de una burguesía con mentalidad burguesa, pues siempre tuvo pensamiento oligárquico, contribuyó para que Ecuador fuera uno de los países más atrasados y "subdesarrollados" hasta mediados del siglo XX. El desarrollismo de las décadas de 1960 y 1970, especialmente a través de la reforma agraria (1964), aceleró el surgimiento de la fuerza de trabajo libre y la constitución del mercado interno requerido por el capitalismo, al mismo tiempo que afirmó la contraparte de propietarios de medios de producción: los empresarios modernos.

Si el capitalismo ecuatoriano empieza a ser visible y se consolida prácticamente en la segunda mitad del siglo XX, se abre a la investigación un tema por demás apasionante: ¿cuál fue, por tanto, el papel que tuvieron que jugar tanto el Partido Socialista (1926) y luego el Partido Comunista (1931) en una sociedad en la que predominaban las formas precapitalistas, en la que la disociación entre trabajadores y medios de producción aún no se había completado, y en un país donde el proletariado se reducía a algunas ciudades y su significación numérica era escasa, como reducida e incipiente era la propia industria?

Será un tema para volverlo a pensar en próximos artículos, pero que ha despertado apasionados debates desde el momento mismo en que tales partidos nacieron identificándose con la teoría de Marx y soñaban con una revolución proletaria como la que había logrado Rusia en 1917.

Quito, 31/enero/2018.
http://bit.ly/2BkTpL4

Marx, Bolívar y la independencia

El historiador marxista británico Eric Hobsbawm (1917-2012) demostró los limitados conocimientos que tuvieron Marx y Engels sobre América Latina, así como la escasez de fuentes documentales a las que se enfrentaron. A Marx le interesó el estudio del capitalismo como modo de producción y, por tanto, era obvio que se concentrara en investigar a Europa y particularmente a Inglaterra, cuna de la revolución industrial. De allí que las referencias que hace Marx sobre América Latina, con sociedades precapitalistas y alejadas de sus estudios, frecuentemente tengan errores históricos, pero sobre todo conceptuales.

Pero además, Marx siempre estuvo marcado por la filosofía de G.W.F. Hegel (1770-1831), cuya concepción del Estado, como absoluto, le condujo a apreciar como pueblos con historia a aquellos que tenían Estado, y pueblos sin historia, a aquellos que carecían de él como realización de la libertad del espíritu. De manera que para Hegel, América no entraba en la historia universal y mucho menos lo que hoy es nuestra América Latina, con sociedades que no eran más que pura geografía, sin Estado, donde no existía el "sentimiento de su propia estimación" y en donde lo que sucede es un mero "eco del viejo mundo" y el "reflejo de vida ajena".

También Pedro Scaron, quien preparó hace años un importante libro de escritos de Marx y Engels sobre América Latina (1972), advirtió que Marx tuvo una visión eurocéntrica sobre la región y que, además, poco la conocía.

En este contexto teórico e histórico se inserta la biografía sobre Simón Bolívar, que Marx preparó en 1858 para el tomo III de *The New American Cyclopedia*. Para ella sirvieron de fuentes fundamentales las obras de Hippisley, Ducoudray-Holstein y las memorias del general Miller. Las dos primeras desprestigiaban al Libertador y la última respondía a los intereses británicos. De modo que Marx resalta la trayectoria militar de Bolívar, aunque deformada y errada. Y en cartas a Engels llega a decirle: "Hubiera sido pasarse de la raya querer presentar como Napoleón I al canalla más cobarde, brutal y miserable. Bolívar es el verdadero Soulouque"; y años después repite: "La fuerza creadora de mitos, característicos de la fantasía popular, en todas las épocas ha probado su eficacia inventando grandes hombres. El ejemplo, más notable de este tipo es, sin duda el de Simón Bolívar".

Pese al avance de las investigaciones históricas desde la época de Marx, el dogmatismo que largamente existió sobre su teoría, condujo incluso a que un antiguo texto de *Historia de América Latina* (hoy raro y prácticamente desconocido), publicado por académicos de la ex unión Soviética (URSS) en la década de los años 30 (?) del siglo XX, todavía reprodujera esos criterios de Marx en la sección que estudia el proceso independentista.

Pero volviendo a Marx, cabe señalar que su visión era común a la intelectualidad europea de aquella mitad del siglo XIX, pues la lucha por la independencia latinoamericana fue apreciada como una revuelta casi de pueblos "salvajes" contra la benefactora acción "civilizatoria" de la Europa colonialista. La figura de Bolívar despertó pasiones y miradas subjetivas, porque lucía a caudillo con sueños de grandeza, que quería parecerse a Napoleón. Era apreciado como un aristócrata criollo ávido de poder; y la independencia como un proceso de oligarquías que finalmente construyó

Estados republicanos a su servicio, sin solucionar para nada la situación de los pueblos sometidos.

Pero no se crea que esa visión era solo europea. Hasta hoy, pese a los avances de la historia y de las ciencias sociales, hay latinoamericanos que tampoco han comprendido el proceso independentista de la región, el papel de los criollos en ella y el significado histórico de esa gesta.

Para seguir los conceptos marxistas, la independencia de América Latina se insertó en la *era* de las revoluciones burguesas, pero no fue una revolución burguesa. Con mayor exactitud, fue un proceso de ruptura contra el coloniaje, en los albores del capitalismo. Solo este hecho hace de la independencia un acontecimiento mundial, porque América Latina fue la región que inauguró el fin del colonialismo en el mundo, un proceso que Asia y África recién lo lograrán en la segunda mitad del siglo XX.

La lucha anticolonial latinoamericana fue encabezada por criollos, entre los que hubo aristócratas, intelectuales, incipientes políticos, militares, propietarios terratenientes y comerciantes. No había industriales ni banqueros locales, en regiones absolutamente precapitalistas. Los próceres y patriotas fueron la conciencia histórica del momento. Los intelectuales y políticos movilizaron conceptos clave: libertad, independencia, soberanía, republicanismo, constitucionalismo. Los militares y líderes como Bolívar, quien tenía una seria formación intelectual y política en los principios ilustrados y liberales nacidos con la Revolución Francesa (1789), dirigieron la lucha armada. Sectores de la oligarquía terrateniente y comercial aportaron recursos. Y a todas esas capas se sumaron sectores populares, como los barrios de Quito en la Revolución de 1809, pionera en América Latina junto a las revoluciones de Chuquisaca y La Paz; pero también se sumaron trabajadores rurales e indígenas, por más que la división en estos niveles igualmente fue notoria, porque hubo colectividades que apoyaron a las autoridades coloniales. Solo Haití hizo una auténtica revolución popular con mulatos y esclavos en 1804, constituyéndose así en el primer país del mundo en obtener la independencia tras vencer al colonialismo francés.

La independencia fue una gran movilizadora de masas, que recogió el legado de luchas sociales de resistencia contra el coloniaje venidas desde el siglo XVI. La elite intelectual y política no solo pensó en un proyecto emancipador anticolonial, sino en reformas que permitieran superar el estado de postración humana de los trabajadores urbanos, los campesinos, los indígenas y los esclavos, a quienes Bolívar liberó durante sus campañas. Precisamente el reformismo social ilustrado, que fue común entre próceres y patriotas (valdría resaltar a Francisco de Miranda en Venezuela, Antonio Nariño en Colombia y Eugenio Espejo en Ecuador), es el que asustaba a los poderosos propietarios terratenientes y comerciantes. De modo que una vez lograda la independencia, esos sectores de independentistas y reformistas sociales (además civiles) fueron desplazados y marginados de los nuevos poderes, que pasaron a ser ocupados por jefes y soldados promovidos por las guerras emancipadoras (varios de ellos fueron los primeros presidentes de las nacientes repúblicas, como Juan José Flores en Ecuador), ahora aliados con la oligarquía terrateniente-comercial. Solo entonces tuvo sentido la frase proclamada en plena Gran Colombia: “Último día de despotismo y primero de los mismo”.

La postergación humana en la que quedaron los esclavos, así como el campesinado, los indígenas y los trabajadores urbanos en la época post independentista de América Latina fue obra de las repúblicas oligárquicas. Y, además, desde el nacimiento de esas repúblicas se inició a su vez, un nuevo proceso político que fue el de la lucha social contra el régimen oligárquico-terrateniente instaurado por los antiguos criollos de la vieja clase dominante colonial, un proceso que durará hasta bien entrado el siglo XX.

Bolívar y la independencia son un motivo de orgullo latinoamericano, precisamente por expresar la lucha histórica de la región contra el colonialismo, un paso emancipador en la era del capitalismo. La celebración de los diversos bicentenarios independentistas en los países latinoamericanos, que se ha cumplido desde 2009 y que se desarrollará todavía al menos hasta 2024 (exceptuando Cuba y Puerto Rico, recién independientes en 1898), cuando se recuerde las batallas de Junín y Ayacucho que terminaron las guerras con la liberación de Perú y Bolivia, continúa como oportunidad para afirmar la memoria social de América Latina en torno a su propia historia, distinta a la europea, en la que procesos como el de la Independencia dan sentido al camino liberador de la región.

Quito febrero 15, 2018.
https://bit.ly/2HFiJzy

¿Y qué es la determinación económica de la sociedad?

Karl Marx fue un erudito investigador, que supo combinar la economía y la historia como ejes para la elaboración de su teoría. Remontándose a los orígenes y primeros tiempos de la humanidad comprendió que el hombre tuvo que ocuparse de producir bienes para satisfacer sus necesidades y poder sobrevivir. Con el desarrollo de las fuerzas productivas, los seres humanos diversificaron inevitablemente sus actividades y las relaciones sociales fueron complicándose. En cierto momento esa complejidad provocó el surgimiento de clases sociales, con diferenciaciones jerárquicas, apropiación de riquezas en una elite dominante y explotación a otros grupos humanos a través de la esclavitud o la servidumbre.

Sobre esa base histórica, Marx encontró un hecho fundamental: por debajo de los fenómenos políticos, religiosos, clasistas o estatales estaba la economía. Y con ello pudo formular una tesis hasta entonces no destacada por otros investigadores, esto es, que "la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política", porque "el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual, en general".

Esta tesis de Marx fue expuesta en su genial *Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Y a pesar de ser muy clara, muchos marxistas no la comprendieron, al punto de considerar que solo la economía es la única determinante de las otras esferas sociales. Por eso, fue Engels quien debió aclarar el asunto una y otra vez, insistiendo en que la economía solo es determinante en *última instancia*.

Además, Marx utilizó la metáfora de un edificio, para decir que la economía es la base sobre la cual se levanta la superestructura jurídica, política e ideológica de la sociedad. Y esto también ha generado confusiones, porque los términos "base" y "superestructura" no son categorías teóricas que tengan un contenido científico, a pesar de que el propio Marx insistió en esa imagen: "al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella", escribió.

El *materialismo* marxista, como posición filosófica, inauguró otra forma de ver el mundo, que Marx igualmente resumió: "No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, es el ser social el que determina su conciencia". Ese *ser social* es la economía. Y nuevamente Engels fue quien insistió en que el régimen económico determina el *contenido general*, el *origen* de los procesos jurídicos, políticos, ideológicos, etc.; pero en muchos casos, el *modo* en que surgen los conceptos espirituales de la sociedad, la *forma* de las teorías filosóficas, ideas religiosas, etc., están determinados por la propia *conciencia social*.

Lo económico no determina cada minucia histórica ni cada hecho particular, sino los contenidos más amplios, generales, de largo plazo. Tampoco cada hecho económico es el desencadenante de los procesos ni el determinante de las esferas sociales. Para Marx, el *modo de producción de la vida material* es el determinante social, el *condicionante* del "edificio", un concepto asimilable al de sistema económico que hoy utilizan los economistas, pero que en Marx tiene otro ámbito, pues se refiere a una especial conjunción entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

Marx reconoce que en la historia humana (la que él estudió con más profundidad y en la que predomina Europa, pues eran escasos sus conocimientos sobre América Latina) se han sucedido distintos modos de producción, aunque él se interesó por estudiar solo uno: el modo de producción *capitalista*.

Al poner en claro la interconexión de los sucesos y al descubrir su raíz económica determinante, es posible definir el *curso general* del proceso histórico, que obra como una *ley social*, es decir, como una *tendencia*, y no como una ley física. Quizás podría asimilarse a lo que hoy es común entre las ciencias sociales y particularmente en la economía, cuando se trazan probables evoluciones sobre bases matemáticas, estadísticas y de análisis socio-situacional, bajo la condición *ceteris paribus*, es decir, si las realidades estudiadas no cambian. Solo que para Marx el asunto va mucho más lejos: es posible descubrir las *leyes-tendenciales* de la sociedad, que actúan en el largo tiempo, solo sobre la base de las investigaciones más rigurosas y pacientes.

En otras palabras, no puede deducirse *a priori* lo que ocurre en la sociedad, no puede entenderse sus lógicas, ni sus mecanismos, y peor sus últimas determinantes, si es que no se realiza la investigación más rigurosa y constante de la realidad, sujetándose a su materialidad empírica, y no a un hecho o proceso, sino al conjunto de los hechos y los procesos sociales. El marxismo es así una teoría que convoca al estudio y a la investigación permanente. Por eso decía Lenin que el marxismo es una *guía* para la acción y un *método* para el estudio. Y el propio Marx, al observar la charlatanería y el dogmatismo de aquellos jóvenes que creían ser algo muy poderoso siguiendo su doctrina, pero sin estudiar en nada la historia concreta, tuvo que llegar a decir "todo lo que sé es que yo no soy marxista".

Ahora bien, ser marxista tampoco asegura que la realidad sea descubierta en sus últimos determinantes, y es posible cometer errores de interpretación. La rigurosidad tampoco es un patrimonio de los marxistas, de modo que también hay investigadores no-marxistas que han realizado descubrimientos y aportes fundamentales a la comprensión de las sociedades del pasado o las del presente.

Los primeros partidos marxistas de América Latina (fue pionero el P. Socialista de Argentina fundado en 1895 por Juan B. Justo, quien tradujo *El Capital*; en Ecuador apareció el P. Socialista en 1926 y el P. Comunista en 1931) y los intelectuales marxistas de inicios del siglo XX, movilizaron la teoría e interpretaron las realidades de su tiempo, procurando comprenderlas para trazar las líneas revolucionarias. Sin embargo, a consecuencia de la Revolución Rusa (1917), la III Internacional Comunista (Komintern, 1919) y luego la era de Stalin (1924-1953), los partidos comunistas latinoamericanos siguieron las directrices oficiales de la URSS, lo cual dogmatizó al marxismo. Aun así, pensadores como el peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930) hicieron aportes renovadores al marxismo, como la atención al mundo andino indígena que obviamente Marx desconocía.

De aquellas épocas al presente, los estudios marxistas avanzaron en todos los países latinoamericanos; y en la década de 1970 y hasta mediados de los 80 tales estudios despegaron como nunca antes, a tal punto que los ejes intelectuales de la ciencia social de la región pasaban por la afinidad u oposición a la teoría marxista.

El contraste llegó con el derrumbe mundial del socialismo, que provocó una verdadera debacle del marxismo y de los partidos marxistas a partir de 1990. Sin embargo, fue el ciclo de los gobiernos progresistas, democráticos y de nueva izquierda el que propició el renacimiento del marxismo. Paradójicamente sectores del izquierdismo partidista tradicional y del marxismo, que ahora encontraron un espacio de expresión que no tuvieron en las décadas finales del siglo XX, pasaron a ser fuerzas de oposición a esos gobiernos, a tal punto que en Ecuador surgió un *marxismo pro-bancario* inédito en la historia latinoamericana, al apoyar, en 2017, la candidatura presidencial de un multimillonario exbanquero, con el exclusivo argumento de que era necesario derrotar al "correísmo", considerado como "enemigo fundamental".

Más allá de estos episodios de coyuntura, la convalidación del marxismo abre en América Latina un nuevo momento para el desarrollo creador de la doctrina de Marx, que tiene la oportunidad para hacer énfasis en la investigación, la discusión teórica y el análisis académico, pues las nuevas realidades que vive la región requieren de otras visiones marxistas, que no pudieron desarrollar sus adeptos tradicionales y que ya están lejos de los partidos clásicos, que quedaron como reliquias de un pasado que necesariamente debió ser superado.

Quito, 12/marzo/2018
https://bit.ly/2rbZLpn

Rusia y América Latina

Es poco conocido (y hasta desconocido) el trabajo intelectual de K. Marx (1818-1883) en sus últimos años de vida. Para aquella década de los ochentas, Marx estaba muy enfermo: "una enfermedad nerviosa […] me viene aquejando periódicamente en los diez últimos años" le escribe a Vera Zasúlich el 8 de marzo de 1881, en una carta de cuya existencia también se conocen los borradores, pero que al parecer no llegó a su destinataria. El documento lo descubrió Riazánov en 1911, entre los papeles de Paul Lafargue (1842-1911, cubano/francés, yerno y primer biógrafo de Marx).

Vera Zasúlich (1849-1919) fue una destacada revolucionaria rusa, que el 16 de febrero de 1881 envió una carta a Marx, en la que le pregunta su opinión sobre el futuro de la comuna rusa: o bien si dicha comuna rural puede ser la base del socialismo, o si, por el contrario, debe pasar previamente por el desarrollo capitalista, como algo inevitable. Añade que según los "marxistas" rusos, las comunas son formas arcaicas que la historia condena a desaparecer, porque "lo dice Marx".

Antes de ir a la respuesta de Marx, cabe señalar que a fines de 1877 este científico escribió otra carta al director de *Otiechéstvennie Zapiski* (*El Memorial de la Patria*), que no fue enviada. Fue Engels quien la encontró entre los papeles que quedaron después de la muerte de Marx, y que fue publicada en ruso, en octubre de 1888.

Marx dice al director: "Para poder estar autorizado a estimar el desarrollo económico actual de Rusia, estudié el ruso y luego estudié durante muchos años las publicaciones oficiales y otras vinculadas a este asunto". A continuación, añade que, si Rusia sigue por la vía del desarrollo que mantiene, perderá la gran oportunidad histórica de evitar los sufrimientos del capitalismo.

Aclara, al respecto, que el capítulo sobre la *acumulación primitiva* escrito en *El Capital*, tuvo el propósito de establecer cómo se expropió a los productores directos de la propiedad de sus medios de producción, para que, de un lado, aparezcan trabajadores asalariados (*proletarios* sin ninguna propiedad) y de otro, propietarios capitalistas de los medios de producción. Marx afirma, en forma contundente y citando textos de su propia obra, que esa expropiación "se ha cumplido radicalmente en Inglaterra" y que "todos los países del Occidente Europeo están yendo por el mismo camino". Por consiguiente, afirma, si Rusia tiende a volverse una sociedad capitalista siguiendo a Europa Occidental, no lo logrará sin transformar primero en proletarios a buena parte de la población campesina, y solo entonces experimentará las "despiadadas leyes" del capitalismo.

Pero Marx hace otra afirmación aún más contundente: su esbozo histórico de la génesis del capitalismo en Europa Occidental no puede ser transformado "en una teoría histórico-filosófica de la marcha general que el destino le impone a todo pueblo, cualesquiera sean las circunstancias históricas en que se encuentre, a fin de que pueda terminar por llegar a la forma de la economía que le asegure, junto con la mayor expansión de las potencias productivas del trabajo social, el desarrollo más completo del hombre".

Y para aclarar aún más el asunto, Marx nuevamente acude a *El Capital* para poner como ejemplo lo ocurrido con los plebeyos de la antigua Roma: habían sido campesinos

libres, pero fueron expropiados; sobre esa base surgió la propiedad de los fundos y la del capital financiero; pero estos "proletarios romanos" no se transformaron en trabajadores asalariados sino en una "chusma de desocupados", bajo un modo de producción que no era capitalista, sino que dependía de la esclavitud. Marx concluye: "Así, pues, sucesos notablemente análogos pero que tienen lugar en medios históricos diferentes conducen a resultados totalmente distintos. Estudiando por separado cada una de estas formas de evolución y comparándolas luego, se puede encontrar fácilmente la clave de este fenómeno, pero nunca se llegará a ello mediante el pasaporte universal de una teoría histórico-filosófica general cuya suprema virtud consiste en ser suprahistórica".

En otras palabras, lo que dice Marx es que él estudió el desarrollo del capitalismo en Europa Occidental, que su análisis sobre la acumulación primitiva no se aplica a Rusia y que nunca creó una teoría histórico-filosófica general, aplicable a cualquier sociedad, bajo cualquier circunstancia.

Volvamos, entonces, a la carta a Vera Zasúlich. Marx le responde que en el fondo del capitalismo está la separación entre el productor y los medios de producción (como señala en *El Capital*: "La *propiedad privada*, fundada en el trabajo personal… va a ser suplantada por la *propiedad capitalista* fundada en la explotación del trabajo de otros, en el sistema asalariado"); y que su base histórica (se refiere a la *acumulación originaria*) es la expropiación a los campesinos, un asunto realizado en Inglaterra, aunque el mismo camino siguen los países de Europa Occidental. Y Marx recalca: "La «fatalidad histórica» de este movimiento está, pues, *expresamente* restringida a los *países de Europa occidental*".

Por consiguiente, Marx advierte a Vera Zasúlich que, si en occidente, el movimiento ha consistido en "la *transformación de una forma de propiedad privada en otra forma de propiedad privada*", en el caso de los campesinos rusos, por el contrario, "habría que *transformar su* propiedad común en propiedad privada". Se sobrentiende que solo de este modo avanzaría en Rusia la producción capitalista, y siempre, además, que la fuerza de trabajo liberada por la expropiación, se convierta en asalariada de la clase capitalista. Sin embargo, añade Marx, que tras sus estudios especiales, se ha convencido que la comuna "es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia", una vez que liberada de sus trabas, pueda tener su propio desarrollo espontáneo.

El tratamiento que dio Marx al tema de la comuna rural rusa es perfectamente aplicable a la situación de América Latina. Es seguro que si Marx se hubiera propuesto estudiar a nuestra región en la forma que lo hizo con Rusia, habría aprendido el español, para leer los documentos originales en este idioma. Pero Marx se quedó con pocos conocimientos sobre esta parte del mundo.

De modo que la *acumulación primitiva* que Marx estudió para Europa fue distinta en América Latina. Aquí fue un proceso recurrente no solo en la época colonial, sino en la época republicana. Las comunidades indígenas perdieron tierras durante todas estas épocas, sin que necesariamente surgieran proletarios indígenas, sino formas de sujeción servil a los latifundios, haciendas y plantaciones.

La población indígena del Ecuador, otrora numerosa, de acuerdo con el último censo de 2010 representa hoy apenas el 7% de la población nacional. Aunque las comunidades

indígenas todavía conservan lazos de reciprocidad, han sido arrasadas por el desarrollo oligárquico y luego por el capitalista. Según varios estudios, territorios de algunas camaroneras ecuatorianas que tomaron auge en la década de 1990 surgieron de la expropiación territorial a las comunas montubias de la Costa. Así, las comunas ecuatorianas difícilmente parecen ser potenciales gérmenes para una futura sociedad no capitalista, como idealizan algunos analistas, más bien orientados por conceptos milenaristas y hasta mesiánicos. Y dejan mucho que pensar los comportamientos políticos de altos dirigentes que se han identificado con las derechas nacionales.

De otra parte, el sector de "subempleados" alcanza al 19.8%, el "empleo no remunerado" al 9%, y el desempleo al 4.6% (datos del INEC a diciembre 2017). Todo esto significa que estos pobladores, igualmente carentes de medios de producción, tampoco se transformaron en proletariado, y bien caben en ese amplio sector llamado, en distintos tiempos, como autónomos, marginados, informales, subproletarios o migrantes hacinados en las grandes ciudades (como ocurrió durante las décadas *desarrollistas* de 1960 y 1970). No cabe asimilarlos al concepto *ejército industrial de reserva* que Marx formuló.

El capitalismo latinoamericano y ecuatoriano, precisamente por su "subdesarrollo" y dependencia externa, merece, por tanto, estudios específicos. Además, la burguesía de la región igualmente debe ser estudiada en forma historiográfica concreta, porque no tuvo las características que Marx observó en las burguesías europeas, ya que proviene de las antiguas oligarquías republicanas y mantiene esos rasgos oligárquicos antidemocráticos que le vuelven reacia a cualquier promoción social.

Tampoco en América Latina se cumplen procesos inexorables o repetitivos de lo ocurrido en Europa. Es el momento de volver a Marx, pero sobre la base de comprender la necesidad de investigaciones concretas de las realidades latinoamericanas, en mucho adelantadas por numerosos estudiosos e investigadores, y dejar de considerar definitivamente la supuesta "teoría" suprahistórica de Marx, que él mismo negó.

Quito, 2/abril/2018
https://bit.ly/2Kmyx81

Marx y la "lucha de clases" en América Latina

Con los progresos de la investigación histórica conocemos que entre las culturas aborígenes y los imperios anteriores a la colonización europea de América Latina hubo conflictos y enfrentamientos que explican sus dinámicas sociales. En la época colonial igualmente se produjeron constantes choques entre las distintas castas o clases que formaron parte de la jerarquizada estructura expresamente diferenciada por las leyes y las instituciones impuestas por las potencias colonialistas. Las independencias latinoamericanas marcaron un proceso de aguda confrontación, que finalmente provocó el surgimiento de la veintena de nuevos países y Estados que ingresaron a la época contemporánea de la historia de la región.

Pero, sobre todo ha sido la trayectoria iniciada con el siglo XIX y que se extiende hasta nuestro presente, la que ha provocado singular atención en la ciencia social latinoamericana, porque el conflicto político entre distintos sectores sociales ha acompañado, en forma dramática, a la construcción de los Estados nacionales.

Ahora bien, tal como ahora podemos comprender el papel de la conflictividad en la historia de América Latina, los filósofos y pensadores europeos del siglo XIX observaron la larga historia de conflictos sociales en su continente. Motivó especiales reflexiones el nacimiento del capitalismo, ligado a la revolución industrial, el aparecimiento del proletariado y la evolución producida a partir de la Revolución Francesa de 1789.

Entre esos pensadores estuvo Karl Marx (1818-1883), quien enraizó su pensamiento en el examen riguroso de la historia, un rasgo que caracterizó todas sus obras e investigaciones. Precisamente con fundamentación histórica pudo llegar a esa revolucionaria concepción teórica según la cual "el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual, en general" y que, por tanto, la "anatomía" de la sociedad había que buscarla en la economía política, tesis que la resumió en su famoso *Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política*.

Para Marx la economía es un determinante de largo plazo, no todo hecho económico explica los acontecimientos sociales ya que debe tener fuerza condicionante y, sin duda, la explicación científica tampoco descarta los procesos de la "superestructura", término que sirvió al célebre estudioso alemán para explicar, en forma metafórica, el edificio social, en el cual la economía es la "base".

Sin descartar que la economía actúa como condicionante, en su dinámica inmediata los hechos de la vida social se explican por la *lucha de clases*. Este es un concepto marxista basado en el examen de la historia humana que demuestra que, a cierto nivel de su desarrollo, aparecen clases sociales; que dichas clases se diferencian por el lugar que ocupan en el proceso de la producción material (no por el nivel de rentas o ingresos, como suele confundirse); que las clases sociales se movilizan en función de sus intereses específicos; y que, por tanto, como esos intereses chocan unos con otros, cabe hablar de "lucha".

Quizás Marx no fue muy "diplomático" al momento de crear esa categoría fundamental de su teoría, porque el concepto "lucha de clases" ha servido para que se ataque al

marxismo como una concepción que supuestamente fomenta el odio, la discordia y el enfrentamiento entre las personas o entre grupos humanos, que bien podrían vivir en forma pacífica, si se proponen resolver sus problemas en forma racional y sobre la base del diálogo. Bienvenida la paz humana, pero este ideal no puede ocultar la existencia de la *lucha de clases*.

La *lucha de clases* es, por tanto, un concepto que refleja la realidad, donde las clases sociales confrontan sus intereses sin necesidad de que exista un Marx que trata de hacer que todos se peleen entre sí. Además, el conflicto social fue examinado mucho antes que Marx y todo científico social sabe bien que la conflictividad es un rasgo permanente y característico de las sociedades contemporáneas y, por lo mismo, una fuente para comprender la vida política.

En el *Manifiesto Comunista* quedó claramente retratada la historia de la conflictividad que Marx bautizó como *lucha de clases*: "hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta…". Y es bien conocido que, de acuerdo con Marx, en la sociedad capitalista no se ha abolido la contradicción entre clases, sino que ha aparecido otra forma de opresión y de confrontación que tiende a resumirse en la lucha entre la burguesía y el proletariado. El estudio de Marx en *El Capital* lo demostró en forma contundente.

Además, en el estricto rigor histórico, el cambio social no proviene de las clases *dominantes*, pues siempre estuvieron interesadas en preservar y mantener el sistema que está bajo su control o hegemonía; el cambio, la revolución, el movimiento histórico, siempre ha sido impulsado por las clases *dominadas*, a quienes interesa liberarse de la opresión reinante. La lucha de clases es así un proceso que igualmente tiene larga duración en el tiempo, porque la liberación social no se cumple de un momento a otro, sino que implica la acumulación de fuerzas y su conciencia y voluntad para la "lucha".

La *lucha de clases* es, entonces, una guía para la investigación social y para descubrir la naturaleza y las raíces de los conflictos que a diario ocurren y que particularmente se reflejan en la esfera de la vida política, en la que incluso los individuos no actúan exclusivamente motivados por sus personales intereses, sino como miembros -quiéranlo o no- de una clase social a la que se pertenecen inexorablemente. Al mismo tiempo cabe entender que el *origen* de clase puede ser negado por la *posición* de clase, como ocurrió en el caso de F. Engels, inseparable compañero de Marx, quien siendo industrial y de origen claramente burgués, optó por la defensa de los intereses del proletariado, renegando así de su clase, para pasarse a las filas de otra.

Marx investigó el fenómeno de la lucha de clases esencialmente referido a Europa. No estudió América Latina. Y como teoría, al mismo tiempo que como método de estudio, el marxismo exige la investigación más rigurosa sobre las *clases sociales* y la *lucha de clases* en esta región, si se quiere comprenderla en su propia historia y no suplantándola con los resultados a los que Marx llegó examinando la historia europea.

El examen de la lucha de clases en América Latina ha sido la mayor guía en el marxismo de la región. Sin embargo, con demasiada frecuencia ha servido para que predomine el análisis en la esfera de la política, pero desde la óptica de los partidos

marxistas, que siempre privilegiaron los temas de la estrategia y de la táctica para la toma del poder. Y en ese campo, las discusiones partidistas largamente se han centrado en la "correcta" interpretación del marxismo, en la "verdadera" línea revolucionaria, o en la idealización de las condiciones como "pre-revolucionarias" o no. En ese mundo se explica esa amplia gama de stalinistas, trotskistas, "chinos", "cabezones" (pro-rusos), "albaneses", foquistas, comunistas, socialistas, renegados, revisionistas, y hasta los sui géneris marxistas pro-bancarios que existen hoy en Ecuador.

De todos modos, el tema no puede agotarse en las posturas partidistas. En América Latina contemporánea no sólo es necesario investigar qué clases sociales existen y cómo se concreta la lucha de clases, una exigencia que demanda esfuerzos intelectuales a fondo, como el que el propio Marx realizó a su época. Pero también es necesario comprender que en nuestra región hay procesos propios para los cuales el concepto lucha de clases se queda corto, lo cual no significa invalidarlo.

Es el caso, por ejemplo, de los pueblos y nacionalidades indígenas. El marxista peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930), fue pionero en tratar el tema indígena desde la perspectiva de clase, aunque él, precisamente por la época en la que vivió, lo vinculó al problema de la tierra, el "feudalismo" y la reforma agraria. Hoy el tema indígena merece otro tratamiento, pues rebasa el concepto marxista de clase social, así como el problema de la tierra, a tal punto que, como puede investigarse en el caso ecuatoriano, ya existe un sector de burguesía indígena y también líderes políticos del movimiento indígena identificados con las posiciones de las derechas y las elites económicas.

Podría también destacarse el tema de los conflictos fronterizos entre países, que estallaron durante el siglo XIX, o los enfrentamientos regionalistas y localistas, derivados de las identidades territoriales, y hasta fenómenos aún más actuales como el narcotráfico, la corrupción, los movimientos ambientalistas, de género, o de los grupos GLBTI.

Estos y otros procesos contemporáneos en América Latina exigen que el marxismo sea visto como método de investigación y análisis, que no se aplique dogmáticamente la categoría lucha de clases en forma indiscriminada, sin previo estudio de la estructura social, y que se insista en que la región tiene su historia propia, y diferencias específicas, aún más con respecto a los análisis que Marx hizo para otro siglo y tomando como base las realidades europeas.

Quito, 19/abril/2018.
https://bit.ly/2KzPMTl

Marx y la Doctrina Social Católica

Al despegar la década de 1970, las universidades públicas ecuatorianas, como las de otros países latinoamericanos, eran centros donde había prendido el marxismo, convertido en motor de la agitación estudiantil contra el sistema. En los primeros años de cada facultad se impartía, como materia obligatoria, "Materialismo Histórico y Materialismo Dialéctico" y se usaba los manuales de la URSS, como el de Otto V. Kuusinen o el de V. Afanasiev, y otros libros de similar contenido, sumamente baratos para todo estudiante.

Por tanto, había mucho de "marxismo oficial" y de dogmatismo, además de que una pobre asimilación teórica conducía inevitablemente a interpretaciones que nada tenían que ver con el marxismo. Y entre la multiplicidad de grupos "marxistas", predominaban las confrontaciones por la verdad doctrinaria y la correcta estrategia revolucionaria entre "chinos" y "cabezones".

En el país se carecía de amplias investigaciones sobre la realidad nacional, exceptuando algunos ensayos destacados, entre los que sobresalía *El Proceso de Dominación Política en Ecuador* (1972) del célebre sociólogo Agustín Cueva, cuya influencia perdura hasta el presente. La ciencia social del país despegó a fines de los 70 e inicios de los 80 y estuvo atravesada por la influencia del marxismo, como ocurría, por entonces, en toda Latinoamérica.

En la Universidad Católica (UC) de Quito (todavía no tenía el título de Pontificia), la única privada, jesuita y con alto prestigio, aunque todavía era un bastión del conservadorismo tradicional y un centro de formación de cuadros de la derecha política, existía otra cátedra: "Marxismo y Cristianismo". El profesor más destacado de ella era el jesuita Eduardo Rubianes, filósofo. A diferencia de lo que acontecía en las universidades públicas, esta materia se proponía refutar al marxismo y, desde luego, privilegiar el pensamiento católico de la iglesia. Y Rubianes dominaba el marxismo (su libro *Marxismo. Hombre si Dios no* [1968] lo demuestra), de modo que lo exponía con solvencia.

El punto de partida de la doctrina social católica era, obviamente, la Biblia. Pero su interpretación históricamente ha sido muy variable, de modo que los Papas han impuesto la versión oficial. En todo caso, para la historia contemporánea interesan dos documentos: la Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII (1878-1903) y la *Quadragesimo Anno* de Pío XI (1922-1939).

La Rerum Novarum (1891) es el documento pionero de la iglesia católica en tratar sobre las realidades creadas por el capitalismo. Allí se ataca al liberalismo tanto como al socialismo: al primero, por ser aliado del capital, atentar contra el clero y la fe, y por conducir a las desgracias de los trabajadores; al segundo, por atentar contra la propiedad privada, pretender la utópica igualdad humana, fomentar la lucha de clases y divulgar el ateísmo. En lo propositivo, la Encíclica alienta la intervención del Estado para la realización de la justicia y el bien común, ensalza la caridad cristiana, aboga por la armonía entre clases sociales, y clama por la protección a los obreros, reconociendo el descanso, el justo salario, las asociaciones obreras, pero no las huelgas.

La Quadragesimo Anno (1931) recogió el enfoque obrerista de la Rerum Novarum, pero dio un paso adelante: no solo enfocó el tema laboral, sino la cuestión social general, la justicia social. Sustenta varios principios: el "bien común" como fin supremo del Estado, defensa del derecho a la propiedad, justa relación entre capital y trabajo, redención del proletariado, justo salario, cristianización de la vida. La Encíclica reconoce los cambios en cuatro décadas, señalando que la libertad del capitalismo se ha convertido en una verdadera dictadura económica de los ricos y poderosos; pero niega la solución socialista.

Sobre el renovado pensamiento de la iglesia, derivado de las Encíclicas señaladas, se expandió en el mundo la "acción social católica", destinada tanto a enfrentar el avance del "comunismo" como a ofrecer a los trabajadores una guía alternativa para sus reivindicaciones y derechos.

La doctrina social católica se difundió en Ecuador entre la joven intelectualidad conservadora de la década de 1930, aunque bajo el recelo de las jerarquías eclesiásticas, temerosas de las confusiones que podían darse con el pensamiento marxista, impulsado por los partidos Socialista (1926) y Comunista (1931). Y mientras los marxistas organizaron sus sindicatos, los jóvenes católicos hicieron lo mismo entre artesanos, de modo que en 1938 lograron fundar la Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos (CEDOC), mientras recién en 1945 se logró constituir la Confederación de Trabajadores del Ecuador (CTE), patrocinada por el Partido Comunista. Ambas fueron las primeras centrales sindicales que aparecieron en el país.

Desde aquella época de incipiente obrerismo, el salto decisivo llegó en 1962 con el Concilio Vaticano II, convocado por Juan XXIII (1958-1963) y continuado por Pablo VI (1963-1978). De allí surgió la renovación católica que incluso reconoció la libertad religiosa y el valor del ecumenismo, además de la crítica al capitalismo y al comunismo.

Pero en América Latina el cambio trascendental llegó con la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (CELAM) realizada en Medellín (agosto, 1968), que produjo una verdadera revolución en el pensamiento católico.

En efecto, como puede seguirse en los documentos de Medellín, por primera vez en la historia se realizó un análisis global de las realidades latinoamericanas que coincide con cualquiera de los análisis que en la misma época hacían los marxistas. En los documentos incluso se utilizan categorías del marxismo y se reconoce la "tensión entre clases sociales" (lucha de clases), en una situación de dominio de oligarquías, burguesías, imperialismo y neocolonialismo. Si bien se rechaza al comunismo, se condena al capitalismo por atentar contra la dignidad humana, se habla del compromiso cristiano por la transformación de las realidades latinoamericanas, y se proclama la liberación del ser humano en la misma tierra, y no en el cielo. A tal punto se comprende la situación, que llega a advertirse: "Es innegable que el Continente se encuentra, en muchas partes, en actitud revolucionaria, que exige transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras"; y también se argumenta: "La falta de desarrollo técnico, las clases oligárquicas obcecadas, los grandes capitalismo extranjeros, obstaculizan las transformaciones necesarias y ofrecen una resistencia activa a todo lo que pueda atentar contra sus intereses y crean, por consiguiente, una situación de violencia. Pero la alternativa no está entre el ¨statu quo¨ y el cambio, está

más bien entre un cambio violento y un cambio pacífico". En otras palabras, se reconocía la posibilidad de la lucha armada, en una década signada por la Revolución Cubana de 1959.

Desde Medellín nacieron la iglesia popular, los cristianos de base, la teología de la liberación, los curas revolucionarios, los marxistas católicos, los socialistas católicos. Aparecerían las rupturas con las jerarquías eclesiásticas conservadoras, tradicionalistas y reaccionarias. El compromiso cristiano estaba con los pobres y no con los ricos, con los proletarios y no con la burguesía, con el país, con América Latina y no con el imperialismo. De allí partió el reconocimiento al marxismo como método de estudio y como guía para la acción social católica. En adelante, también la iglesia de la liberación latinoamericana cayó bajo sospecha, fue combatida por "comunista" y los sacerdotes y católicos "rojos", como se los calificaba, igualmente sufrieron muerte, tortura y desaparición bajo las dictaduras militares fascistas del Cono Sur, iniciadas con Pinochet en Chile en 1973, lanzadas a liquidar el "marxismo", mediante el exterminio de sus seguidores o simpatizantes.

La doctrina social católica se convirtió en eje para el compromiso de amplios sectores cristianos con las luchas populares, por la reivindicación proletaria, contra el capitalismo y a favor del socialismo. En Ecuador incluso se organizaron movimientos revolucionarios que combinaron los principios católicos y el marxismo, como fue la Izquierda Cristiana, un fenómeno igualmente regado en toda Nuestra América Latina.

Así es que el marxismo latinoamericano no solo puede ser visto y comprendido a través de los movimientos, partidos, grupos o individualidades definidos por la teoría de Karl Marx, sino por el marxismo "extra-partidista", que en la historia de la región no se ha reducido a la militancia, sino que se halla entre quienes, incluso sin ser marxistas, comparten la misma visión sobre la necesidad de construir una nueva sociedad, a base de minar las raíces sobre las que se asienta el régimen capitalista.

Quito, 30/ mayo/ 2018
https://bit.ly/2Ch01fw

Marx y la inequidad social en América Latina

De acuerdo con múltiples estudios y particularmente los que la Cepal (Comisión Económica para América Latina) ha publicado, nuestra región es la más inequitativa del mundo, por cuanto la mayor parte de la riqueza se concentra en pocas personas, en tanto la enorme mayoría de latinoamericanos recibe solo la parte menor del valor generado y hay millones que continúan viviendo en la pobreza y hasta en la indigencia.

La explicación científica de las diferencias sociales latinoamericanas exige, como punto de partida, acudir a la historia. Esta es, además, una exigencia del marxismo como teoría y al mismo tiempo como metodología de investigación.

Karl Marx ubicó la *era* del capitalismo en el siglo XVI, que coincide con el inicio de lo que la corriente clásica de la historiografía mundial denomina Edad Moderna, que se extiende hasta la Revolución Francesa (1789), con la cual se inicia la Edad Contemporánea. Para Marx, desde esta época cabe rastrear el proceso de lo que llamó *acumulación originaria del capital*, esto es el largo camino en el cual la apropiación de medios de producción por parte de la burguesía, va creando el mercado de fuerza de trabajo libre. Es el proceso de la disociación entre el productor directo y sus medios de producción, para transformarse en proletario, el vendedor específico de fuerza de trabajo.

En América Latina, ese proceso tuvo como punto de partida la conquista y sometimiento de los pueblos aborígenes, con Incas y Aztecas a la cabeza. La Edad Moderna -que fue *mercantilista* para Europa-, fue *colonial* para América Latina. Pero, aunque comenzó la apropiación privada de medios de producción, no se formó el mercado libre de fuerza de trabajo. La toma de tierras dio origen a la clase terrateniente que en siglo XVIII será visible en las haciendas, latifundios y plantaciones latinoamericanos.

A su vez, sobre los indígenas vencidos se impusieron diversas formas de explotación de la fuerza de trabajo, iniciadas con la *encomienda* y la *mita*, y que para el siglo XVIII evolucionaron a la subordinación servil, personal y familiar a la clase terrateniente, como fue el *concertaje* en lo que actualmente es Ecuador. Hay que sumar la importación de esclavos negros, literalmente cazados en África. De manera que la época colonial sentó las raíces de las abismales diferencias sociales en la región. Con mucha razón Severo Martínez Peláez señalaba en su reconocida obra *La Patria del Criollo* (1970) que el *indio*, es decir, el sector de población tan miserable, explotada y oprimida en América Latina, era, propiamente, un resultado del coloniaje, y no una condición que pre existía a la conquista.

Concluidos los procesos de independencia latinoamericana a inicios del siglo XIX, la vida republicana de los nacientes países no solucionó las diferencias sociales heredadas de la época colonial. A la clase terrateniente se sumaron los grandes comerciantes y los banqueros, normalmente ligados al mismo grupo de familias dominantes. La transferencia de la propiedad privada de medios de producción se garantizó por medio de diversos mecanismos como las herencias, legados o donaciones, la compra-venta y la continuada apropiación ilegítima de tierras comunales, minas y de todo recurso capaz de posibilitar la acumulación de riqueza en una elite que se habituó a contemplar la

pobreza generalizada como un asunto natural. En la sociedad se perdió la conciencia del origen de esa acumulación.

El desarrollo industrial de América Latina, aunque en algunos países aparece en forma leve durante la segunda mitad del siglo XIX, es propiamente un proceso del siglo XX y, además, no en todas las naciones, que permanecieron tan atrasadas como en el pasado. Esa industria obtuvo la escasa "mano de obra" libre en las urbes, donde se había conformado un sector de no-propietarios, migrantes del campo o población en condición precaria y, por tanto, forzada a venderse como trabajador asalariado.

Ese incipiente desarrollo industrial, si bien dibuja el inicio de las relaciones capitalistas, no trajo mecánicamente la implantación del capitalismo en América Latina, porque continuó la hegemonía de las relaciones "precapitalistas" de las haciendas, recién superadas con las reformas agrarias que comenzaron a implantarse desde la Revolución Mexicana de 1910 y, sobre todo, con el despegue del "desarrollismo" en la década de 1960. Desde 1959 solo Cuba siguió un camino diferente al del resto de los Estados latinoamericanos.

Pintado así, a grandes rasgos, el proceso de *acumulación originaria* en América Latina duró, en buena parte de los países, hasta bien entrado el siglo XX. Esto es lo que explica el largo y continuado camino de la diferenciación social entre ricos y pobres latinoamericanos. Al mismo tiempo, la disociación entre propiedad y trabajo, sumada a otra herencia de origen colonial que es el "clasismo" tan arraigado en las elites dominantes de la región, caracterizado por el menosprecio de los ricos (y, además "blancos" en su origen colonial) a los pobres, en razón de su origen popular, condición étnico-cultural o su calidad social de indígena o negro, explican igualmente la situación miserable en la que creció y se desarrolló la clase obrera asalariada, pisoteada en derechos.

Cuando Friedrich Engels escribe su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845) jamás se habría imaginado que la situación obrera en América Latina era incluso peor y, además, no habría podido imaginar siquiera la situación miserable de los indígenas, que todavía en el siglo XX seguían una vida apenas diferenciada de la situación en que les dejó el coloniaje y la república decimonónica.

Y aquí está, precisamente, el punto central a tomar en cuenta para comprender, con mayor alcance, la teoría de Marx sobre el trabajo explotado en el capitalismo.

En el primer tomo de su magna obra *El Capital*, Marx realiza un profundo, complejo y a veces arduo estudio del valor de las mercancías (teoría del valor). Esquematizando el tema, solo la fuerza de trabajo es capaz de generar *valor*. Y por ello el capitalista se apropia del *plus-valor* (teoría de la plusvalía) creado por el obrero en el proceso productivo. Tanto en *El Capital*, como en su otra obra fundamental *Trabajo asalariado y capital*, Marx deja en claro que el salario del obrero le permite reproducir su fuerza de trabajo. Además, que si aumenta el salario del obrero, disminuye la *tasa de ganancia* del capitalista, lo cual explica su férrea oposición al mejoramiento salarial de los trabajadores.

¿Qué habría pasado si Marx estudiaba el fenómeno en América Latina? Es posible que se hubiera topado con otra realidad: el salario del obrero latinoamericano ni siquiera le

permitía reproducir su fuerza de trabajo, con lo cual la superexplotación al trabajador ha sido el hecho histórico particular en esta parte del mundo. Por eso, en los análisis económicos que hasta hace poco predominaban en la región se decía que la "baratura de la mano de obra" era una "ventaja comparativa" en nuestros países.

En la región, las luchas de los trabajadores, el avance en los derechos laborales, las políticas sociales implementadas por gobiernos reformistas o progresistas, el papel regulador del Estado y las influencias del capitalismo-social en el mundo (nace en Europa en la segunda postguerra mundial como *economía social de mercado*), todo lo cual solo llega mientras progresa el siglo XX, cierto es que modificó la herencia de los bajos salarios y la superexplotación capitalista. Pero no es una prosperidad irreversible.

Como se ha demostrado en nuestra América Latina contemporánea, el arrollador avance de la ideología neoliberal ha alcanzado tal magnitud, que ha provocado que las conservadoras y reaccionarias burguesías de la región acudan ahora a distintas demandas por la precarización y "flexibilización" de los derechos laborales ya conquistados. Varios países viven ese clima y las condiciones de los trabajadores se han agravado. No solo la de los proletarios, sino de la sociedad en su conjunto, mientras se fortalece un sector de poderosos capitalistas que acumulan riquezas excepcionales y extraordinarias, defendidas por todos los medios. Y no contentos con ello, también claman hoy por la reducción de impuestos o su eliminación, así como el retiro del Estado, para que los servicios que también han sido logrados como públicos, pasen a manos privadas.

América Latina revive una época en la cual los intereses privados se imponen frente a los intereses nacionales y estatales, con lo que las diferencias sociales nuevamente recuperan posiciones e impiden que la región deje de ser la más inequitativa en el mundo.

Quito, 28/junio/2018
https://bit.ly/2Px9tx6

Marx y los orígenes del partidismo marxista latinoamericano

He subrayado que Karl Marx (1818-1883), con un conocimiento impresionante sobre la historia general del mundo y diversas realidades específicas de todos los continentes, no tuvo como propósito central de sus estudios a esta parte de la geografía que hoy llamamos América Latina. Su interés se centró en el capitalismo y, como ese sistema era esencialmente europeo, sus investigaciones tuvieron que ver más con la Europa capitalista que con otras regiones.

El pensamiento marxista fue precariamente conocido en América Latina a fines del siglo XIX, y en varios de estos países sólo con el avance del siglo XX. Sin embargo, hay dos antecedentes especiales: La *Comuna de París* (1871) -a la cual otorgó suma importancia para su teoría sobre el poder proletario-, tuvo, al parecer, un amplio conocimiento en la región como acontecimiento exclusivo en la *Asociación Internacional de Trabajadores*.

En cuanto al segundo antecedente, según refiere el célebre marxista argentino José Arico (1931-1991) un periódico obrero mexicano reprodujo, en 1870, el *Manifiesto Comunista*, de Marx-Engels. Vale añadir que en Ecuador el ideólogo liberal Juan Montalvo (1832-1889) fue el único en hacer referencia a la *I Internacional* y a la *Comuna*.

En todo caso, la fundación del Partido Socialista en Argentina (PSA), en 1896, y la traducción al español que hizo su fundador, Juan B. Justo, del primer tomo de *El Capital* fue el punto de partida para el ingreso de Marx en la constitución de los partidos marxistas latinoamericanos. Sucesivamente aparecieron, entre otros, el Partido Comunista de Uruguay (1920), el de Chile y el de Brasil (1922), el de Cuba (1925), el de México (1929). En Ecuador se fundaron el Partido Socialista, en 1926, y el Partido Comunista en 1931.

El partidismo marxista es, por tanto, el proceso histórico más importante en la presencia de la teoría de Marx en América Latina, ya que esos partidos no sólo se constituyeron en difusores de su doctrina sino en activistas de la reivindicación social para la toma del poder y la constitución de una nueva sociedad.

El partidismo marxista abrió el espacio de la izquierda política en la región, que superó el bipartidismo tradicional con eje en el liberalismo y el conservadorismo. Sin duda, gracias a los partidos marxistas y sus militantes, se han logrado avances trascendentales en diversas áreas como la legislación laboral y social; la movilización popular en pos de alcanzar derechos; la conciencia sobre las raíces del poder; la reivindicación indígena y campesina; nuevas expresiones artísticas y culturales, así como la lucha permanente contra la dominación interna y la expansión imperialista; y por la dignidad y soberanía nacionales; el latinoamericanismo y el internacionalismo proletario.

La labor de los partidos marxistas, de sus militantes e intelectuales, ha sido fundamental para que la teoría de Marx igualmente permeara en artistas, gente de cultura, movimientos sociales, dirigentes y líderes populares y, sin duda, en los ambientes universitarios -donde el marxismo fue creciendo en influencia durante la segunda mitad

del siglo XX-, y particularmente en las universidades públicas de América Latina, en las cuales el movimiento estudiantil marxista prendió como conciencia crítica de la sociedad y despertó un activismo permanente.

Sin embargo, los partidos comunistas fundados, sobre todo a raíz de la Revolución Rusa de 1917 y que adhirieron a la III Internacional (Komintern, 1919) dirigida por V. I. Lenin (1870-1924), mantuvieron una dependencia constante del marxismo oficial soviético e, inevitablemente, de sus dogmas, lo cual mereció serios cuestionamientos desde otros sectores marxistas.

Más allá de ello, el esfuerzo más interesante para dar sentido latinoamericanista al marxismo partidista es el que impulsó José Carlos Mariátegui (1894-1930), fundador del Partido Socialista (Comunista) Peruano (1928), quien apuntó contra los dogmas y fue pionero en abordar el tema de las comunidades indígenas andinas desde la perspectiva de la lucha de clases.

Con la Revolución China (1949) y luego su ruptura ideológica con la URSS en los sesenta, pero también con el desarrollo de la "Doctrina Suche" impulsada por Kim Il Sung (1912-1994) en Corea del Norte durante los cincuenta; la ruptura entre China y Albania en los setenta; pero, además, con el triunfo armado de la Revolución Cubana (1959) y su enorme y poderosa influencia en América Latina, la victoria electoral de Salvador Allende en Chile (1970), e incluso la toma del poder del sandinismo en Nicaragua (1979), se crearon condiciones para el multipartidismo marxista, con una amplia gama de fuerzas.

Lastimosamente estas confrontaron, durante décadas, en torno a la autenticidad de la interpretación marxista, la forma de entender la lucha de clases, las estrategias y tácticas revolucionarias, la lucha armada, la democracia representativa o la fidelidad a la causa proletaria.

Pero el anticomunismo ha sido un permanente factor para cercar a los partidos marxistas. Gobiernos oligárquicos (Stroessner en Paraguay o la dinastía Somoza en Nicaragua) y dictaduras militares fascistas como las del Cono Sur, iniciadas con el régimen de Pinochet en Chile (1973-1990) buscaron la solución definitiva a la guerra fría aniquilando comunistas de la mano de la tortura, las desapariciones forzadas y el asesinato masivo.

En todo caso, las condiciones más desfavorables para la vigencia histórica de los partidos marxistas se suscitaron con el derrumbe del sistema socialista en la URSS y la Europa del Este. Ello también afectó, y de forma contundente, al marxismo como teoría. Y, en tal magnitud, que la ciencia social latinoamericana -que durante la década de 1980 pasó a ser un referente mundial, con intelectuales altamente reconocidos, con una exuberante producción en libros, revistas y materiales de todo orden, y en la que los ejes académicos pasaban por la afinidad u oposición a la teoría marxista- perdió esa presencia con el avance de los noventa.

Al iniciarse el nuevo milenio, los gobiernos progresistas y de nueva izquierda, que suscitaron un nuevo ciclo histórico en la región, a partir del triunfo de Hugo Chávez en Venezuela (1999) -y entre quienes han sido destacados Néstor Kirchner, Cristina Fernández, Evo Morales, Tabaré Vásquez, José Mujica, Michel Bachelet, Daniel

Ortega, Luiz Inácio Lula da Silva, y Rafael Correa-, reabrieron el espacio para la izquierda política, sin que la mayoría de esos gobernantes proviniera de partidos marxistas tradicionales, e incluso favorecieron la renovación del marxismo, como lo hizo el mismo Chávez al valorar a Marx y proponer el socialismo del siglo XXI.

En Ecuador, las izquierdas respaldaron inicialmente a Rafael Correa (2007-2017), pero luego las fuerzas más tradicionales del marxismo partidista rompieron con él. Volcadas a la oposición, no pudieron generar una opción alternativa de poder; y en las elecciones presidenciales de 2013, la "Unidad Plurinacional de las Izquierdas" apenas obtuvo el 3.26% de los votos. Con el triunfo de Lenín Moreno (1917) esas fuerzas han privilegiado la "descorreización", por sobre el giro empresarial-neoliberal del gobierno.

Entre sombras y luces, no hay duda que los partidos marxistas latinoamericanos son un referente histórico, y en el espacio de la izquierda política aspiran a ser conductores revolucionarios y orientadores sociales, aunque la realidad es distinta al ideal. De modo que, hasta hoy (sin duda hay que exceptuar a Cuba), la mayoría no alcanza la fuerza que desea y mucho menos en el campo electoral.

Aún pesa demasiado el sectarismo partidista, derivado de las diferenciaciones en torno al "auténtico" marxismo, como guía para la acción política. En consecuencia, las divisiones partidistas explican sus propias debilidades para convertirse en opciones reales de poder, sobre todo en las décadas contemporáneas, cuando se ha impuesto como valor político la democracia representativa.

Paralelamente, el marxismo como teoría y fuerza movilizadora de conciencias, rebasa las acciones y definiciones de los partidos marxistas. Tras el debilitamiento de la doctrina de Marx -a raíz del derrumbe socialista-, el marxismo ha venido recuperando terreno e influencia. Hoy se identifican como marxistas una amplia gama de sectores que van desde la academia hasta dirigentes y líderes populares.

La revalorización del marxismo es un fenómeno de enorme importancia histórica para América Latina: ha posibilitado la extensión e influencia de intelectuales marxistas, el posicionamiento de la crítica política, el combate a los regímenes que se orientan por objetivos neoliberales y empresariales, y, especialmente, la dignificación del latinoamericanismo frente a la globalización y el imperialismo.

Quito, 8/agosto/2018
https://bit.ly/2PvJRk3

Marx y la izquierda en América Latina

La teoría de Karl Marx (1818-1883) ingresó a Nuestra América Latina al comenzar el siglo XX, aunque algunos intelectuales, así como inmigrantes europeos, la conocían con anterioridad. Pero la difusión amplia de esa teoría, así como la búsqueda de interpretaciones ajustadas a las realidades de la región a fin de orientar las luchas políticas fue obra de los partidos marxistas, que inicialmente se identificaron bien como Socialistas o bien como Comunistas. Los anarquistas y los anarcosindicalistas convivieron con estos partidos en la misma época, aunque tuvieron más influencia en unos países (México, Argentina) que en otros.

Los partidos marxistas definieron y marcaron el espacio de la izquierda política en la región. Fueron fundamentales en el origen de las organizaciones clasistas de los trabajadores, pero también de campesinos e indígenas, como ocurrió en Ecuador, donde el Partido Comunista (1931) fue el gestor de la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI, 1944) y de la Confederación de Trabajadores del Ecuador (CTE, 1944). Además, dieron paso a la superación histórica del viejo bipartidismo (conservadores y liberales). Sus intelectuales, así como la difusión del ideario y la acción política en el ejercicio de la lucha de clases, igualmente generaron una conciencia favorable -y hasta inédita- con los sectores populares y particularmente con los trabajadores.

La Constitución Mexicana de 1917, pionera en inaugurar el constitucionalismo social latinoamericano, no solo fue una consecuencia teórica de la Revolución de 1910, sino del espacio afirmado por la izquierda política. Los códigos del trabajo, que también se irán adoptando en los distintos países con el avance del siglo XX (en Ecuador el Código del Trabajo se expidió en 1938), provenían del ambiente social y cultural creado precisamente por el espacio político de la izquierda, en el que, sin duda, tuvo decisiva influencia la Revolución Rusa (1917). El hecho de que los códigos laborales hayan sido acusados de "comunistas" y resistidos a su debido tiempo por los empresarios, da cuenta del avance logrado por las izquierdas.

Los populismos latinoamericanos de la primera mitad del siglo XX pueden ser ubicados en el espectro de la izquierda política, aunque no son necesariamente marxistas. Así, la Revolución Juliana (1925-1931) en Ecuador inauguró el intervencionismo estatal en la economía, la institucionalización de la cuestión social en el Estado con las primeras leyes y entidades protectoras del trabajo, la seguridad social, los impuestos directos con el de rentas a la cabeza, y además, un largo proceso de lucha por la superación del régimen oligárquico.

Tampoco es una ubicación tajante y definitiva. En Chile, la dictadura de Carlos Ibáñez (1927-1931), con apoyo de liberales y conservadores, más la ilegalización del Partido Comunista, combinó la participación económica del Estado con cierto enfoque social. Pero el *tenentismo* en Brasil desde 1922, libró una constante batalla antioligárquica y uno de sus líderes, Luis Carlos Prestes, se reconocía como socialista revolucionario. Esa lucha es un antecedente para la revolución de los treinta y los gobiernos de Getulio Vargas (1930-1945 y luego 1950-1954) impulsaron el *Estado Novo*, con una modernización económica significativa, reforma social y "populismo".

En rápido repaso, por la misma época Uruguay estabilizó su democracia y las instituciones progresistas; Costa Rica suprimió sus fuerzas armadas; en Argentina tomó

impulso la Unión Cívica Radical (UCR) que llevó al triunfo a Marcelo Torcuato Alvear (1922-1928) e Hipólito Yrigoyen (1928-1930), quienes modernizaron al país, y solo después de la "década infame" (1930-1943) ascendió Juan Domingo Perón (1946-1955) con quien se marcó una política "populista" inédita. En Perú aparecieron el APRA fundado por Víctor Raúl Haya de la Torre y el Partido Comunista fundado por Carlos Mariátegui; en Bolivia surgió la Federación Obrera del Trabajo antecesora de la COB, y años más tarde se produciría la impactante Revolución Nacional iniciada por la alianza minero-campesina, que posibilitó el largo gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) entre 1952 y 1964. En México, el ascenso de Lázaro Cárdenas (1934-1940) volvió sobre la reforma agraria y nacionalizó el petróleo, dando continuidad a los "populismos" clásicos.

Al mismo tiempo podría hacerse una extensa relación de la influencia de la izquierda y del marxismo entre intelectuales, profesionales y artistas, que se caracterizaron por la sensibilidad social, de manera que entre ellos, o en la literatura latinoamericana y además en el arte, se puede contar con personalidades que no dudaron en identificarse con el marxismo e incluso en militar en los partidos marxistas. En Ecuador el realismo social, la literatura de denuncia y la pintura, bien para la protesta, el indigenismo o el laborismo, marcaron una pujante generación en la década de 1930.

Si bien la superación del régimen oligárquico fue posible por el aparecimiento de la izquierda política y por intermedio del papel económico del Estado, la afectación al sistema terrateniente y la promoción de políticas sociales, también es cierto que los "populismos" y los reformismos de aquellas décadas contribuyeron a la modernización capitalista. Pero debe reconocerse que este solo hecho era, en América Latina, un paso adelante frente al pasado tradicional, que en mucho se mantuvo como continuidad de la colonia en la república.

El avance del socialismo en el mundo después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), particularmente en Europa del Este y en China (1949), al mismo tiempo que sirvió para la instauración de la *guerra fría*, afirmó al marxismo y a las izquierdas marxistas en América Latina, porque a la época sus postulados se tuvieron como verdaderos y únicos capaces de derrotar definitivamente al capitalismo.

Pero fue la Revolución Cubana (1959) la que potenció, como nunca antes, la posibilidad de que la izquierda marxista se convirtiera en la verdadera y segura opción de lucha contra el capitalismo y frente a las otras fuerzas del espectro político de las izquierdas. Sin embargo, con el avance de la década de los sesenta, entre las filas marxistas surgieron divisiones ideológicas y nuevos dogmatismos a través de los cuales unas fuerzas creían tener la verdad revolucionaria auténtica frente a otras.

En todo caso, el esfuerzo por la convergencia política entre las izquierdas marxistas fue singular con la Unidad Popular (UP), que logró el triunfo de Salvador Allende (1970-1973) en Chile, que buscó constituirse en la primera experiencia de construcción del socialismo por la vía electoral. Años después triunfaba, por la vía armada, el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua (1979). Pero la vía chilena fue sangrientamente liquidada con el fascismo militar liderado por Pinochet (1973-1990) y seguido por los militares anticomunistas del Cono Sur latinoamericano.

Durante el ascenso de la UP en Chile surgió, entre otras expresiones artísticas, la *canción protesta* que se generalizó en toda la América Latina. Existía euforia marxista y enorme prestigio de su doctrina. Precisamente a consecuencia de la creciente influencia del marxismo en los medios académicos, al comenzar la década de los ochenta, despegó la ciencia social latinoamericana, cuyos ejes teóricos se definían por la afinidad u oposición a la teoría marxista. Fue una década fructífera y que produjo, en mucho, lo mejor de la literatura social de la región, a tal punto que las obras de aquellos años son hoy consideradas como referentes obligados en la ciencia social.

El derrumbe del socialismo provocó un golpe histórico a la izquierda marxista y al marxismo como teoría: perdieron influencia y disminuyó su presencia política. El socialismo parecía una vía agotada. Pero fueron los gobiernos de nueva izquierda, democráticos y progresistas, los que marcaron un nuevo ciclo en América Latina y generaron un renovado espacio político precisamente para las fuerzas de la izquierda en general y de las marxistas en particular. A la vanguardia de ese ciclo estuvieron Hugo Chávez en Venezuela (1999-2013), Rafael Correa en Ecuador (2007-2017) y Evo Morales en Bolivia (2006-hoy).

El ciclo de los gobiernos progresistas igualmente despertó las fuerzas de la oposición: derechas nuevas y tradicionales, elites empresariales, medios de comunicación privados y, sin duda, el imperialismo. También hubo fuerzas marxistas que en forma dogmática creyeron ser la verdadera y única izquierda, incluso asumiendo la oposición a los gobiernos progresistas. Y, además, solo en Ecuador apareció un sector de "marxistas pro-bancarios", un fenómeno inédito en la historia de la izquierda latinoamericana.

Pero el examen de estos procesos contemporáneos merece otro tipo de análisis que rebasa el propósito de este artículo. Por el momento, queda en pie esta visión general sobre la presencia del marxismo en la creación del espacio de la izquierda en Nuestra América Latina.

Quito, 27/agosto/2018
https://bit.ly/2wJZgp8

Marx en “recesión”

Uno de los últimos libros de Eric J. Hobsbawm (1917-2012), el historiador británico de izquierda con mayor renombre mundial, titulado *Cómo cambiar el mundo, Marx y el marxismo 1840-2011* (2011), examina esa teoría desde sus orígenes hasta nuestros días. Sigue la trayectoria de la influencia de los socialistas premarxistas, cómo fue forjándose la relación entre Marx y el movimiento obrero, en qué consistió el análisis de las formaciones precapitalistas, las viscisitudes de las obras de Marx y Engels, el desarrollo del marxismo en el siglo XX, el derrumbe de su influencia, o mejor su “recesión”, hasta el significado que tiene la obra de Marx para el presente.

Aunque esta historia del marxismo se circunscribe a Europa, descubrió una serie de alcances y límites que tuvo el propio Marx. Por ejemplo, la tesis sobre la “inevitabilidad histórica” del socialismo y del futuro comunismo, otrora considerada como verdad indiscutible, se relativiza al conocer la misma trayectoria que tuvo el pensamiento de Marx al respecto. Y, al propio tiempo, Hobsbawm advierte que en la actualidad ha renacido el interés por Marx, pero deja sentado que es necesario tomar sus tesis “en serio” para repensar, precisamente, cómo cambiar el mundo.

En América Latina, el marxismo tuvo decisiva influencia en las ciencias sociales hasta que el derrumbe del socialismo provocó el descalabro de la teoría. Aún así, todavía tenemos en Ecuador “marxistas” que defendían al socialismo realmente existente, pero que hoy sostienen que ni en la URSS ni en la Europa oriental hubo “socialismo”. Como si no se hubiera derrumbado el modelo de estatización total y planificación centralizada, hay sectores que continúan planteando un socialismo totalmente estatista. He escuchado a “marxistas” que reniegan de las reformas en Cuba porque se apartan de lo que, según ellos, “dijo” Marx. Desde las perspectivas de un marxismo ortodoxo y manipulado, y peor aún, desde aquel sector “combativo”, “callejero”, “popular” y “democrático”, naturalmente quienes no siguen sus consignas o su ideología automáticamente quedan en la “derecha”. Felizmente la historia les pasa por delante.

El libro de Hobsbawm resulta oportuno como invitación para volver sobre Marx “en serio”. Pero en América Latina y particularmente en Ecuador, más importante que discutir sobre quien se aleja o acerca de lo dicho por Marx (en esto consiste el dogmatismo), sería, en la perspectiva del historiador británico, debatir cómo continuar cambiando el mundo.

El Telégrafo
Ecuador, 17/ octubre/ 2011

Retorno del marxismo

Marta Harnecker, reconocida intelectual de izquierda en América Latina, me dio a conocer que a fines de 2012 se realizó en la Universidad de Valparaíso un seminario titulado "Los marxismos en el siglo XXI". En la entrevista que me remitió, da cuenta que hay un retorno del marxismo entre la juventud. Al mismo tiempo habla de las diferentes interpretaciones del marxismo, de su indudable utilidad para entender el mundo contemporáneo; del correcto análisis que hizo K. Marx sobre la explotación capitalista. Dice que el gobierno de Salvador Allende (1970-1973) intentó una vía democrática de construcción del socialismo que es precursora del "socialismo del siglo XXI" que fue proclamado, en su momento, por los presidentes Hugo Chávez (Venezuela), Evo Morales (Bolivia) y Rafael Correa (Ecuador); observa que estos procesos no nacieron de los partidos comunistas; y apunta los errores del "igualitarismo" y del "colectivismo", entre otras interesantes reflexiones.

Coincido en que el retorno del marxismo entre la juventud es un fenómeno naciente en América Latina y, sin duda, también se observa en Ecuador. Y reconozco que hay diferentes "marxismos". Me pronuncio contra la manipulación que se ha hecho de Marx, para crear una seudopolitología que, abundando en categorías y fraseologías supuestamente marxistas, cree hacer análisis de la realidad social sin investigarla a fondo. Tampoco me explico cómo antiguos y nuevos "marxistas", dizque utilizando una teoría "científica", sean incapaces de comprender los procesos progresistas que han vivido varios países latinoamericanos desde inicios del nuevo milenio, y, por lo tanto, ocupen el espacio de una izquierda que, por minoritaria y aislada, ya no es capaz de representar a las grandes mayorías, movilizadas en sentido opuesto al de sus teorías. Como que la historia les pasó por delante.

Estoy convencido que en Ecuador es urgente que la intelectualidad de izquierda comience a debatir sobre el marxismo, como lo han hecho los chilenos. Es necesario acabar con dogmas y supuestos teóricos hoy insostenibles, precisamente si se quiere levantar un marxismo vivo, que sirva, como lo señalara K. Marx en su introducción a *El Capital* de "hilo conductor" y "resultado general" al que llegó, para estudiar, con esa herramienta teórica y metodológica, a la sociedad capitalista. Porque un marxismo sin estudio y análisis concreto, "fáctico" de la realidad, seguirá quedándose en fraseología. Será, simplemente, un marxismo panfletario.

El Telégrafo
Ecuador, 10/diciembre/2012

Ecuador: ¿la búsqueda de un nuevo "socialismo"?

Este trabajo enfoca el tema del socialismo en Ecuador desde la perspectiva de la génesis y trayectoria de los partidos y grupos que han asumido como suya la ideología y la representación de la doctrina socialista. Solo que inevitablemente surge la pregunta: ¿de cuál "socialismo" hablamos? Porque muchos pensarán que exclusivamente hay que tratar al socialismo marxista, el único que fundamentó la construcción de sociedades a las que se tuvo por auténticamente socialistas hasta antes de que la Perestroika acabara con ellas.

Como se verá, en Ecuador ha existido una amplia gama de fuerzas marxistas que se identifican con el "auténtico" socialismo. ¿Cuál de ellas tiene razón?

Pero también han surgido partidos que han proclamado su propio "socialismo".

De manera que examinar brevemente esa red de partidos, movimientos y grupos que se han identificado con la izquierda, en general y que han reivindicado al socialismo, en particular, ha sido planteado en este trabajo como una guía para reflexionar sobre las tendencias históricas que pueden fundamentar un proyecto nuevo de construcción socialista. De ningún modo se trata de hacer una historia del socialismo y de sus partidos en Ecuador.

Por consiguiente, en este texto no se discuten cuestiones teóricas ni filosóficas. Se asume la historia como eje de reflexiones, para contribuir al debate sobre una sociedad distinta. En respaldo de mi posición, también cito algunos de mis propios trabajos anteriores.

No defiendo ningún "socialismo del siglo XXI", ni lo cuestiono. Simplemente considero su propuesta como otra de las manifestaciones que surgen en América Latina para el cambio y la transformación del capitalismo.

Esta ponencia tiene la intención de contribuir al debate sobre una nueva sociedad para América Latina, desde la perspectiva de las experiencias ecuatorianas. ¿Deberá llamarse "socialista"?

Socialismos y cuestión social

El socialismo, o mejor los socialismos, nacieron durante el siglo XIX como concepciones destinadas a ofrecer alternativas de vida y organización social frente al capitalismo. Y hablamos en plural, porque a menudo se cree que solo la teoría fundada por Karl Marx (1818-1883) es la única socialista.

Entre los primeros en utilizar el término estuvieron F.N. Babeuf (1760-1797) y el socialista utópico Robert Owen (1771-1858). También son reconocidos socialistas utópicos Henri de Saint-Simon (1760-1825), Charles Fourier (1772-1837) y Étienne Cabet (1788-1856). A ellos se han sumado distintas corrientes que enfatizan en el estatismo, el papel supremo de los sindicatos, el cooperativismo, el comunitarismo, el poder popular, o que se han distinguido como anarquistas, anarcosindicalistas o

simplemente utopistas y radicales, etc. Entre las propias filas del marxismo surgieron leninistas, trotskistas, stalinistas, maoístas, "albaneses", partidarios de la "idea Zuche", castristas, guevaristas, "foquistas", neomarxistas y "puristas" doctrinarios de todo tipo.

En Ecuador las ideas socialistas no son conocidas muy tempranamente. El historiador Plutarco Naranjo publicó en 1977 su libro *La I Internacional en Latinoamérica*[1] en el que presenta al célebre ideólogo liberal Juan Montalvo (1832-1889) como un activo conocedor y propagandista de aquella organización fundada por K. Marx en Londres, en 1864. Pero las primeras noticias sobre la influencia del anarquismo, del anarcosindicalismo y de algunas ideas socialistas[2] datan de la década de 1910. Los pocos escritos de Marx parece que solo fueron conocidos por reducidos círculos después de que en 1917 la Revolución Rusa inaugurara el primer país socialista en el mundo, lo cual despertó el interés intelectual y político por el marxismo.

Esas escasas referencias definieron el ala "izquierdista" del Partido Liberal, que tuvo determinante influencia en la Asamblea realizada en septiembre de 1923. Allí se aprobó un sui géneris Programa[3] que, además de renovar las tesis clásicas de la Revolución Liberal de 1895, trató la cuestión rural afirmando que *iniciará la reforma agraria, combatiendo al latifundismo, mediante el sistema más adecuado de repartición equitativa de las tierras entre los no terratenientes, y la expropiación de las incultas en beneficio de familias agrícolas*. A ello añadió: *El Partido, que ha redimido al indio al romper las fórmulas jurídicas del concertaje, debe laborar sin descanso por la rehabilitación espiritual de esa raza, proveyéndola de la capacidad técnica especialmente agrícola, y defendiéndola del alcoholismo y de la explotación religiosa*.

Además, el Programa trató sobre la cuestión social obrera, pronunciándose por la *reglamentación del trabajo, en especial de mujeres y niños; seguridad y salubridad en las labores industriales, particularmente en el laboreo de minas*; por *regulación de coaliciones, huelgas y paros*; el *establecimiento de tribunales de conciliación y arbitraje entre patronos y obreros, y de tribunales industriales*; inquilinato y casas baratas e higiénicas para obreros; y *seguros obreros*. También declaró: *El Partido Liberal aspira al intervencionismo del Estado, a fin de que éste pueda regular el precio de los artículos de primera necesidad*; y, *El Partido sustentará en este momento de la vida nacional una política de prudente protección a las industrias*. Finalmente hizo una declaración que parecería sorprendente para un partido liberal: *Mientras sea una realidad la nacionalización de las fuentes de producción y reparto, el Partido Liberal reconoce a los obreros el derecho de participación en los beneficios*.

Aunque parezca paradójico, también el Partido Conservador tuvo su propia renovación ideológica en la que incorporó la cuestión social. El "Manifiesto del Directorio del Partido Conservador del Azuay"[4] de 1911 por primera vez abordó esa temática exigiendo *protección á las clases desheredadas, la de obreros de taller, la de obreros agrícolas, la*

[1] Plutarco Naranjo, *La I Internacional en Latinoamérica*, Quito, Editorial Universitaria de la Universidad Central del Ecuador, 1977.
[2] Alexei Páez, *El anarquismo en el Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional – INFOC, 1986.
[3] *Asamblea Liberal de 1923. Programa y Estatutos del Partido Liberal Ecuatoriano - Votos de la Asamblea*, Quito, Talleres tipográficos de El Día, abril de 1924. Además en: Pío Jaramillo Alvarado, *La Doctrina Liberal*, Editorial Quito, 1923; Pío Jaramillo Alvarado, *La Asamblea Liberal y sus aspectos políticos*, Imprenta editorial Quito, 1924.
[4] *Manifestación del Directorio Regional del Partido Conservador del Azuay, a sus copartidarios y a la Nación*, Cuenca, Tip. La República, 1911

de pequeños propietarios; añadiendo: *Debe moralizarse al indio, mejorando su condición en la escuela y en el oficio. Creemos también que conviene procurar la desaparición del arrendamiento llamado concertaje*. Y, además: *Es necesario ir al corazón de los obreros con el Evangelio y el pan á la mano, no para ofrecerles una felicidad imposible aquí, sino para enseñarles la dignidad de la abnegación, tanto como la nobleza del trabajo*.

Pero fue la Asamblea del Partido Conservador[5] realizada en octubre de 1925 la que abordó la cuestión rural, sosteniendo: *defensa del trabajo agrícola. Aumento gradual de salarios y fijación legal del mínimo... Promoción de la instrucción general y agrícola práctica del indio ecuatoriano y solícita atención de cuanto redunde en su beneficio y mejoramiento social. Intervención gubernativa y fomento de la acción espiritual y social para la moralización del indio, especialmente para la extirpación de la embriaguez.* El Programa también propuso: *Legislación acerca de la organización del trabajo, reglamentando especialmente las horas de su duración, el salario mínimo y el trabajo de mujeres y niños. Descanso dominical. Reconocimiento jurídico de las entidades sindicales y gremiales. Vigilancia de la higiene, seguridad y moralidad de los talleres y fábricas. Establecimiento de procedimientos de conciliación y arbitraje, que eviten las huelgas, y reglamentación de éstas*. Además, crédito, ahorro y vivienda obrera.

Inspirados en los principios de la Doctrina Social Católica, un grupo de intelectuales conservadores, junto con otros promotores católicos y algunos jerarcas de la Iglesia fundaron en 1938 la "Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos" (CEDOC) la primera central de trabajadores en el país.[6]

Los dos programas de los partidos Liberal y Conservador, únicos existentes a la época, dan cuenta no solo del avance del movimiento obrero ecuatoriano, sino de una realidad que mundialmente se había impuesto: el ejemplo de la construcción del socialismo en la URSS amenazaba con expandirse, obligando a pensar sobre la situación de los trabajadores en todos los países.

Socialistas y comunistas

Los primeros núcleos socialistas ecuatorianos aparecieron en noviembre de 1924 con el "Grupo Antorcha".[7] Y gracias al ambiente social y de orientación "proletaria" que abrió la Revolución Juliana (1925), en mayo de 1926 se instaló el Primer Congreso Nacional Socialista que constituyó al Partido Socialista del Ecuador. El Programa[8] sostuvo *La socialización de los medios de producción, distribución y cambio, y de los servicios públicos controlados por el Estado en interés de la colectividad*; además: *El deber*

[5] "Programa y estatutos del Partido Conservador Ecuatoriano (14 de octubre de 1925)", Revista *Dios y Patria*, Año III, Vol. III, No. 9, Quito, enero de 1926; Julio Tobar Donoso, "La Asamblea General del Partido Conservador y su doctrina", Revista *Dios y Patria*, Año III, Vol. III, No. 9, Quito, enero de 1926.

[6] Juan J. Paz y Miño Cepeda, *El sindicalismo católico: la "Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos" CEDOC (1938)*. Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Ciencias Históricas. Quito, 1995.

[7] Juan J. Paz y Miño Cepeda, "Las propuestas de los partidos políticos del Ecuador en la época de origen de la cuestión social", *Removiendo el presente. Latinoamericanismo e historia en Ecuador*, Quito, Abya-Yala - PUCE - THE, 2007.

[8] *Labores de la Asamblea Nacional Socialista y Manifiesto del Consejo Central del Partido (16-23 Mayo) - Quito, 1926*, Imp. "El Tiempo", Guayaquil.

ineludible de exaltar la dictadura del proletariado como fase transitoria, hasta conseguir la extinción de la clase capitalista. Enunció, para ello, una serie de medidas prácticas destinadas a construir la nueva sociedad.

Pero el socialismo naciente no fue una fuerza totalmente homogénea. En su interior se hallaban intelectuales convencidos del ideario marxista, varios creyentes de las tesis bolcheviques, otros socialdemócratas, una serie de liberales de izquierda y diversos sindicalistas. Existían tendencias potencialmente disímiles. En una de las sesiones Ricardo Paredes, Secretario General, intervino para criticar a quienes sostenían todavía que la Revolución Soviética era "una locura mística". Defendió la doctrina de Karl Marx y añadió: *En el seno de esta Asamblea vengo oyendo repetir algunas veces, críticas sin fundamento a la revolución rusa, y como la prensa burguesa se ha encargado de propalar un sinnúmero de mentiras para desacreditarla, quiero presentar un breve cuadro de lo que fue Rusia antes de la revolución bolchevista.* Argumentó, entonces, en favor de tal revolución.

Uno de los temas de mayor debate en el Congreso fue la afiliación a la III Internacional Comunista, resuelta en la sesión de clausura. Como fruto de un confuso episodio, al publicarse el folleto "Labores de la Asamblea Nacional Socialista y Manifiesto del Consejo Central del Partido (16-23 mayo), Quito, 1926", se advirtió la inexistencia de aquella resolución, por lo cual se agregó al documento una nota aclaratoria que decía: *En la sesión de clausura se ha olvidado de añadir una de las resoluciones de la Asamblea, la que se refiere a la adhesión del Partido a la Tercera Internacional de Moscú, que fue propuesta por el camarada Secretario General y aprobada por unanimidad. Esa adhesión debe pedirla el Consejo Central del Partido, informando previamente a los consejos provinciales.*

El Consejo Central nombró a Ricardo Paredes delegado ante el VI Congreso de la Internacional Comunista y envió, por su intermedio, la solicitud de afiliación, la misma que fue aceptada el 3 de septiembre de 1928. La Conferencia del Consejo Central Ampliado del Partido, reunida en enero de 1929, ratificó esa afiliación y en el II Congreso del Partido Socialista, realizado en octubre de 1931, se resolvió la creación del Partido Comunista del Ecuador.

En adelante, las diferencias entre socialistas y comunistas quedaron marcadas por la vinculación de estos últimos con la URSS, la independencia doctrinaria proclamada por los socialistas, las prácticas electorales de los socialistas normalmente cuestionadas por los comunistas y los asuntos de "pureza" ideológica y doctrinaria, que desde entonces caracterizaron a todos los sectores marxistas en Ecuador.

Lo importante a resaltar es que con el surgimiento de los partidos Socialista y Comunista quedó definido el sector de "izquierda" en Ecuador, porque los tradicionales partidos Liberal y Conservador pasaron a la "derecha". El surgimiento del "velasquismo" en los años 30 y del partido Concentración de Fuerzas Populares (CFP) en 1949 añadió al espectro político las primeras dos fuerzas "populistas", que apelaron a las masas y no a la organización clasista de los trabajadores, contribuyendo con ello a la participación y movilización populares, aunque no desde las filas de la izquierda.[9] A partir de los años 40 se sumaron a las filas de la derecha otras agrupaciones políticas.

[9] Juan J. Paz y Miño Cepeda, "Las propuestas de los partidos políticos…", Ob. Cit.

Por su parte, socialistas y especialmente comunistas, se lanzaron a la promoción de los trabajadores, campesinos e indígenas. El Partido Comunista fue determinante en la creación de la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI) y de la Confederación de Trabajadores del Ecuador (CTE),[10] en 1944.

En esas circunstancias, aún antes de que estallara la "guerra fría" en el mundo, en Ecuador, la fórmula empleada para descalificar a cualquier intento de modernización social y a cualquier mediano cambio que contemplara los intereses de las clases medias, los trabajadores y los sectores populares, o de promover un avance mínimo en derechos sociales y laborales, fue el ataque como "comunista" y eventualmente como "populista".

Es increíble que a Eloy Alfaro (1842-1912), caudillo de la Revolución Liberal, durante su último gobierno se le haya acusado ocasionalmente de "comunista". La escandalosa matanza de trabajadores en Guayaquil, ocurrida el 15 de noviembre de 1922, también tuvo origen en la acusación de "comunista" que se hizo al movimiento huelguístico de la época. Igualmente se acusó de "comunista" a la Revolución Juliana, primera en inaugurar en Ecuador un activo papel del Estado y su obligación institucional de atender con servicios públicos a las clases trabajadoras. "La Gloriosa" revolución de mayo de 1944 tuvo una activa participación de la izquierda ecuatoriana y obviamente mereció el apelativo de "comunista", incluida la progresista Constitución de 1945, considerada, hasta antes de 1979, como la Carta Magna más "social" de todas en la historia constitucional del país.

El impacto continental de la Revolución Cubana (1959) y años más tarde la división chino-soviética, provocaron subdivisiones en las filas de la izquierda. En 1963, bajo el liderazgo del célebre intelectual y político Manuel Agustín Aguirre, se fundó el Partido Socialista Revolucionario del Ecuador (PSRE) y en 1964 apareció el Partido Comunista Marxista-Leninista (PCML)[11] de orientación maoísta (los "chinos"). También surgieron efímeros grupos inspirados en el proceso guerrillero cubano y en la mítica figura del Che Guevara: MIR, VM, URJE. Incluso en 1979, cuando se produjo el sisma ideológico entre China y Albania apareció un fugaz "PCML-Albanés".

Entre luces y sombras

Como podrá advertirse, en Ecuador no ha existido un solo partido o vanguardia socialista, ni un solo partido o movimiento marxista, sino una multiplicidad de fuerzas y fracciones. Cada una, en su debido tiempo, reclamó para sí la línea auténticamente revolucionaria y el fiel seguimiento de las enseñanzas de K. Marx y F. Engels. Es difícil atribuir a alguno de esos sectores la autenticidad teórica y práctica que a su momento reclamó. Lo que si es cierto es que el marxismo quedó dogmatizado, la izquierda "oficial" (es decir la partidista) atomizada y en mucho dependiente de los vaivenes de los países socialistas, que las subdivisiones impidieron la unidad de propósitos y de esfuerzos para la toma del poder y que el "socialismo" quedó como una aspiración y un anhelo con diversos enfoques a partir de la matriz marxista común. Tampoco faltaron

[10] Pedro Saad, *La CTE y su papel histórico*, Guayaquil, Editorial Claridad, s/f.
[11] http://www.pcmle.org/partido.html (31/08/2010 - 18:00).

las radicalidades innecesarias, las consignas simplemente panfletarias y la politiquería confrontacional que llegó a concentrarse sobre todo en las universidades públicas durante los 60 y 70, cuando diversas fuerzas "izquierdistas" disputaron el control del movimiento estudiantil y la acción entre las "masas", algo que desdibujó la lucha por el socialismo y contribuyó a desprestigiarla, en una reproducción local de aquello que V. I. Lenin (1870-1924) había criticado para la sociedad de su época como "enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo". Todo ello limitó el avance de la izquierda en Ecuador, víctima, por otra parte, de la "guerra fría" extendida sobre América Latina desde la década de los 60 para evitar la supuesta caída del país en las manos del "comunismo".

De otra parte y por sobre las limitaciones señaladas, la izquierda ecuatoriana jugó un papel fundamental en la organización de los sectores populares, en la promoción de su conciencia política y en la conquista de derechos especialmente laborales. Las Constituciones de 1929 y 1945, primeras en contener principios sociales, tuvieron clara influencia de abogados, intelectuales y políticos socialistas. Igual fue su decisiva labor para la expedición del Código del Trabajo en 1938. Reivindicaciones sobre las tierras, el campesinado y la población indígena siempre merecieron la iniciativa, el impulso o el apoyo de la izquierda ecuatoriana. El sindicalismo o la creación de comunas en mucho se deben al activismo de los partidos marxistas. La literatura, el arte, el ensayo sociológico, el análisis político a partir de los conceptos sobre clases sociales y la confrontación de intereses clasistas alcanzaron prestigio por la actividad desplegada por personalidades y grupos identificados con las ideas socialistas. Ser socialista e identificarse con la izquierda fue, en los años 30 y en los 50, un signo de seriedad política y de conciencia social. Hacia fines de los 70 e inicios de los 80 las ciencias sociales ecuatorianas se consolidaron teniendo como referente al marxismo, alcanzaron un amplio prestigio y desarrollo y produjeron obras e investigaciones cuyo peso e influjo llega hasta el presente. Fueron la expresión de una generación de izquierda identificada con la causa del socialismo, que se esforzó por dejar atrás los dogmatismos y el partidismo esclerotizado.

Ante la incapacidad de los partidos y fuerzas de "derecha" para dar respuestas a los sectores populares y en vista de que sin duda la "izquierda" era el sector que históricamente había respondido en forma decisiva a los intereses de los trabajadores y campesinos, en 1964 se fundó en Ecuador el Partido Demócrata Cristiano (PDC) que reivindicó ser una nueva alternativa de izquierda frente a los partidos marxistas. Sus raíces se hallaban en el viejo Movimiento Social Cristiano fundado por el expresidentes de la República Camilo Ponce Enríquez (1956-1960), la Doctrina Social de la Iglesia, el humanismo católico de una serie de filósofos (J. Maritain, E. Gilson, G. Manser, K. Jaspers, G. Marcel, N. Berdiáev, L. Shestov, E. Mounier, J. Lacroix, P. Teilhard de Chardin, K. Barth, P. Tillich, R. Gardini, M. Buber, E. Fromm) y la teología social derivada del Concilio Vaticano II (1962) a la que años después se unieron los postulados nacidos en la Conferencia del Episcopado Latinoamericano (1968) y la Teología de la Liberación[12].

[12] Sobre la DC: Marco Granja Stacey, *Fundamentos del Humanismo Socialista Comunitario*, Quito, Ediciones Estudios Sociales, 1978; Juan Pablo Moncagatta, *Democracia Popular: invitación a una búsqueda*, Quito, Empresa Editora Porvenir, 1986; Osvaldo Hurtado, *La Democracia Cristiana: una opción*, Mimeo, PDC, Quito, mayo 1977.

En la fundación del PDC participaron dirigentes sindicales y jóvenes universitarios católicos, entre los que se encontraba Osvaldo Hurtado, quien en 1979 fue binomio para la vicepresidencia del candidato Jaime Roldós Aguilera y que ascendió a la presidencia de la república en 1981, tras la trágica muerte de Roldós.

El PDC postuló el "socialismo comunitario" y reivindicó tesis radicales y progresistas para aquella época, como la ruptura de la dominación interna, la reducción de la dependencia externa, la reforma agraria, organización y concientización de los sectores populares, acceso al poder por la vía pacífica, política internacional independiente, rechazo a la política de bloques imperialistas, integración económica y comunidad de intereses con los países del "Tercer Mundo". Mientras la derecha política acusaba a los demócratacristianos de "comunistas disfrazados", la izquierda marxista los tuvo como derechistas disfrazados. En la campaña para las elecciones de 1979 Osvaldo Hurtado fue abiertamente atacado como "comunista" y su gobierno (1981-1984) afrontó la radical oposición que por entonces le hicieron las cámaras de la producción (gremios empresariales), las centrales sindicales y especialmente el Partido Social Cristiano, para este tiempo liderado por León Febres Cordero, quien sería presidente del Ecuador entre 1984-1988.

Desde una vertiente distinta, puesto que se inspiraba en la socialdemocracia europea, en 1970 se fundó el Partido Izquierda Democrática (ID), cuyas raíces se hallaban en el Partido Liberal Ecuatoriano, para la época oligárquico y tradicional. En su fundación participaron antiguos militantes liberales y jóvenes que reivindicaron posiciones laicas y de izquierda, entre los que estuvo Rodrigo Borja Cevallos, quien ocupó la presidencia del Ecuador entre 1988-1992. Desde la derecha tradicional, también la ID (y naturalmente Borja) fue atacada a su tiempo como "comunista", mientras la izquierda marxista la ubicaba en la "centro-izquierda". El partido postuló el "socialismo democrático", como una especie de tercera vía entre el capitalismo y el comunismo.

Precisamente por los postulados que asumieron, la DC y la ID forman parte del espectro de los "socialismos" surgidos en la historia ecuatoriana. Sin embargo, desde las posiciones de la izquierda marxista tanto el "socialismo comunitario" como el "socialismo democrático" no eran más que utópicas expresiones políticas de clases medias con orientaciones populares, que de ningún modo pretendían acabar con el sistema capitalista. Para los más radicales y ortodoxos, representaban fuerzas de la misma "derecha", solo que la una católica y conservadora, mientras la otra lucía laica y anticonfesional.

La crisis

La gama de todos los "socialismos" aparecidos en la historia ecuatoriana contemporánea sufrió un descalabro impresionante con el derrumbe del *socialismo realmente existente* en la URSS y los países de Europa del Este, a consecuencia de la "Perestroika" inaugurada por Mijail Gorbachov en 1985.

Tres fueron las más importantes consecuencias que produjo la desaparición del "socialismo real": 1. la pérdida de importancia y significación del marxismo no solo en el mundo político, sino en el académico; 2. la neblina del horizonte histórico sobre una

vía de desarrollo alternativa al capitalismo; 3. el enseñoramiento inmediato de la globalización transnacional.

Comencemos por la "centro-izquierda": la DC realizó en 1993 un congreso ideológico que concluyó con el abandono definitivo de los principios de su "socialismo comunitario". La derechización del partido y de sus principales líderes resultó espectacular, reflejo de lo cual el gobierno de Jamil Mahuad (1998-2000) claudicó ante el neoliberalismo imperante. El fundador O. Hurtado también se apartó por completo de las tesis populares de otras épocas, terminó desafiliándose y participando en 2002 como candidato por intermedio de otra agrupación de "derecha", e incluso su producción académica cambió frente a la línea de investigación que caracterizó a su famoso libro *El poder político en el Ecuador*. De otra parte, si bien la ID no abandonó su postulado socialista, igualmente el partido entró en franca crisis, de él se separaron antiguos militantes y hasta fundadores, y en la actualidad la dirigencia conduce a la agrupación en armonía con los partidos supervivientes de la derecha tradicional.

Antiguos marxistas e izquierdistas perdieron su norte. Engrosaron los reformismos políticos y los revisionismos académicos. Los partidos también perdieron militantes. El Partido Comunista literalmente se redujo a los pocos seguidores y a contados jóvenes. Antiguos dirigentes pasaron a la ID o a engrosar las filas de los "independientes". Algo similar ocurrió con el PCML, cuya hegemonía en varias universidades públicas ha terminado por cuanto han vencido en las elecciones del último año los candidatos tanto de profesores como de estudiantes provenientes de otras fuerzas. El partido visible del PCML, el Movimiento Popular Democrático (MPD) cuya fuerza se mantuvo largamente entre el profesorado fiscal y el estudiantado, ha dejado de tener la influencia y la presencia del pasado. El Partido Socialista, que se mantiene activo, se integró desde hace años a la institucionalidad electoral, contando con una pléyade de militantes. Casi no se puede nombrar a otras agrupaciones políticas menores, de escasa o nula significación.

Pese a la imagen que esta situación partidista puede crear, el socialismo como una teoría difusa, como un concepto movilizador de voluntades y esperanzas, así como una aspiración y guía para el compromiso social con los intereses populares, se conservó entre las generaciones que se "politizaron" con el marxismo (o en las filas de la izquierda) de las décadas de los 60, 70 y 80 del pasado siglo, pese al abandono de otros. En cambio, es difícil establecer el impacto del socialismo entre las nuevas generaciones y mucho menos la significación que para ellas tiene el marxismo.

Lo que si puede verificarse ampliamente es que a "nadie" le interesa retornar al socialismo de tipo soviético, que las obras de K. Marx y de los clásicos del marxismo no se leen como hace treinta años y que si se propone un "socialismo" como alternativa al capitalismo actual y realmente existente, es necesario repensarlo y reformularlo para los tiempos contemporáneos. Eso incluye reconocer que el capitalismo actual tampoco es el que Marx examinó a mediados del siglo XIX, ni el que Lenin estudió a inicios del siglo XX.

Desde una perspectiva estrictamente histórica, cabe observar que en Ecuador, el proceso electoral y constituyente que se vivió entre 2006 y 2008 creó un ambiente inédito desde 1979 para retomar los espacios "perdidos" por la izquierda. Las experiencias de siete procesos electorales sucesivos, la Asamblea Constituyente, el gobierno del presidente Rafael Correa, la nueva Constitución de 2008, la debacle de los partidos políticos

tradicionales, el fin del modelo empresarial de desarrollo inspirado en el neoliberalismo, la movilización popular a favor del cambio de rumbos en el país, el triunfo latinoamericanista de los gobiernos de la "nueva izquierda" y la abierta proclama por un "socialismo del siglo XXI", inauguraron un nuevo ciclo político en la historia contemporánea del Ecuador.

Bajo esas condiciones, la observación de los procesos que vive el Ecuador con los fundamentos que proporciona la historia como ciencia social, debieran servir para aquilatar el sentido que hoy asume la idea de construcción de un socialismo distinto al del pasado, al mismo tiempo que capaz de construir un régimen con bienestar y *buen vivir*[13] para todos.

¿Cuál "socialismo" para el futuro?

Por lo señalado antes, resulta un gran error considerar lo que será el futuro "socialismo" comparándolo con lo que dijeron K. Marx y F. Engels. Y más aún juzgar si tal o cual individuo, sector, movimiento o partido está en la "izquierda" o en la "derecha" según se aleje más o se acerque a lo que escribieron los fundadores del marxismo. Otra vez desde la estricta perspectiva histórica, ¿cuál de los socialismos marxistas surgidos en la historia ecuatoriana es el que tenía la razón y el que puede reclamar para sí la "pureza" ideológica y doctrinaria? Recuérdese, además, que unos creían que la URSS caminaba por el camino correcto, otros la juzgaron como "socialimperialismo" y sostuvieron que China tenía el socialismo perfecto, en otro sector el socialismo ideal era el de cualquiera de los países de Europa del Este, para unos cuantos el socialismo en Corea del Norte y, en fin, para otros era Cuba la que daba el ejemplo en toda Latinoamérica. No faltaban quienes veían en todos esos regímenes las fórmulas totalmente alejadas frente a lo que "habían dicho" Marx y Engels.

Conforme lo anotaron siempre sus propios fundadores, el marxismo debería ser entendido, ante todo, como una teoría acerca de la historia y como un método de investigación sobre ella[14]. En su célebre *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*[15], el propio Marx señala que sus investigaciones le condujeron a un "resultado general" que una vez obtenido le sirvió de "hilo conductor" para proseguir sus estudios. Uno de esos estudios –y que fue el más importante de todos- fue el de la sociedad capitalista, en la que Marx descubrió la "ley" que preside su rumbo, y que es la que expuso en su voluminosa obra *El Capital*[16]. No hay duda cuando claramente se ha de distinguir entre la concepción (teoría y método) de su aplicación para investigar una sociedad concreta en un tiempo concreto.

[13] Confer. los derechos y principios sobre el *Buen Vivir* (*Sumak Kawsay*) en la actual Constitución de la República del Ecuador de 2008.
[14] Han pasado casi tres décadas de uno de mis primeros libros en el cual, a pesar del ambiente marxista "intocable", cuestioné su desconocimiento y su dogmatismo en el país. Contrastándolo con la filosofía hegeliana, reivindiqué el aporte marxista a la teoría de la historia y analicé una serie de sus fundamentos. El libro se titula: *Hegel-Marx: de la Filosofía de la Historia al Materialismo Histórico*. La primera edición es de 1982 y la segunda la hizo la Editorial de la Universidad Central del Ecuador, en 1988.
[15] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, T. 1, 1973, p. 517 y sig.
[16] C. Marx, *El Capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

En esa misma línea, la crítica que Marx y Engels hicieron al "socialismo utópico" fue la de que la sociedad en la que sus filósofos soñaban no tenía por base la realidad, es decir la historia, sino simplemente el deseo, la voluntad y la imaginación por construirla.

Por consiguiente, la historia del Ecuador, que solo es una parte de la historia común de América Latina, bien puede darnos una serie de rasgos y tendencias para ubicar algunas de las bases con las que cabe contar para la construcción de una nueva sociedad.

Destacamos las siguientes.

1. La Independencia fue un momento crucial en la historia ecuatoriana y latinoamericana. Gracias a ella se acabó con la dependencia colonial. Ese es nuestro patrimonio y nuestro orgullo histórico. Pero la fundación de las repúblicas (el Ecuador se unió a la Gran Colombia en 1822 y se separó de ella el 13 de mayo de 1830) heredó una sociedad clasista y en mucho racista, bajo el dominio de los criollos ("blancos") convertidos en la nueva clase gobernante.

Ha sido lenta la superación de esa herencia, sobre cuya base se erigió una república oligárquico-terrateniente. Si bien la Constitución de 1861 abolió los requisitos económicos para ser ciudadano, solo fue la de 1884 la que los abolió para ocupar el Ejecutivo y el Legislativo. La Constitución de 1979 fue la primera en otorgar el voto a los analfabetos. Además, durante el siglo XIX subsistió el sistema electoral censatario y predominaron los caudillos, los jefes de Estado y los presidentes originados en golpes de Estado, revoluciones y decisiones de las asambleas constituyentes, que fueron solo verdaderos cónclaves de notables. Los procesos electorales fueron ocasionales. Por ello, conquistar la democracia simplemente electoral, como la que nació precisamente en 1979 inaugurando así el ciclo constitucional más largo de la historia ecuatoriana, ha sido un paso adelante en la democratización efectiva del régimen social y político.

Además, en ese proceso democratizador tan largo, la Constitución de 1929 incorporó por primera vez los derechos laborales, la de 1945 una serie de derechos sociales y el papel económico del Estado, la Constitución de 1998 fue la primera en reconocer el carácter pluricultural y multiétnico de la sociedad ecuatoriana y la Constitución de 2008 también es pionera en declarar al Ecuador plurinacional, reconocer los derechos de la naturaleza y ampliar sustancialmente las bases de la participación ciudadana.

En el largo proceso histórico ecuatoriano, las desigualdades sociales han persistido, pese a los avances de la democracia "burguesa". Pero siempre estorbó a las clases dominantes esa democratización. Las conquistas liberales que solo llegan con la Revolución de 1895 acaudillada por Eloy Alfaro fueron seriamente resistidas. Las conquistas sociales del siglo XX, igual. La propia institucionalidad del Estado para el funcionamiento eficaz del Ejecutivo, el Legislativo y la Función Judicial aún no se estabiliza. Basta considerar que entre 1996 y 2006 hubo siete gobiernos, un intento dictatorial y tres presidentes ascendidos por votación popular, pero derrocados a consecuencia de las reacciones también populares. Desde 1984, la desinstitucionalización del Estado avanzó de la mano de la construcción de un modelo empresarial de desarrollo inspirado en el "neoliberalismo".

Ante el panorama rápidamente descrito, el esfuerzo por construir una nueva sociedad implica afirmar las tendencias democratizadoras e institucionalizadoras del Estado en la vida nacional. La democracia, las libertades, la institucionalidad, la búsqueda de la

igualdad social y de la promoción de una mejor calidad de vida y trabajo para la más amplia población, han sido conceptos movilizadores de los sectores más avanzados en la trayectoria republicana del país. Hoy se incorporan nuevos sentidos democratizadores sobre los diversos movimientos sociales, la promoción de la mujer, la lucha por un mejor medio ambiente, etc. El progreso de la democracia que algunos creen solo "formal" es un indudable avance. También contribuye a superar las desigualdades, aunque toca hacer un esfuerzo redoblado para avanzar en la democracia social y económica. Esa es la herencia matriz para afrontar el futuro en la perspectiva de construir una nueva sociedad.

2. A lo largo de la historia republicana siempre hubo que enfrentar a las resistentes oligarquías dominantes para lograr suprimir sistemas de explotación laboral y promover en algo las condiciones de vida y trabajo de los trabajadores. No fue fácil abolir la esclavitud (1851) ni el tributo de indios (1857). La prisión por deudas, que fuera una carga más para el concertaje, fue abolida recién en 1918. La jornada de 8 horas se introdujo en 1916, pero fue incumplida. La Revolución Juliana[17] la reimpuso, así como estableció el contrato individual, alzas de salarios, creó la Caja de Pensiones, el Ministerio de Bienestar Social, las Direcciones de Salud. La Constitución de 1929 inauguró los derechos sociales y laborales, sistematizados en el Código del Trabajo (1938) y desarrollados por las sucesivas Constituciones hasta que la "neoliberal" Constitución de 1998 los "flexibilizó". La reforma agraria (1964) que abolió las formas precarias de trabajo fue resistida como "comunista" pese a que el gobierno militar que la implantó fue hechura de la CIA.

En consecuencia, avanzar en conquistas laborales y en derechos sociales es una tendencia que siempre ha golpeado a las clases dominantes que por ello los resisten. El Ecuador bien puede asimilar las experiencias de otros países para dar pasos aún más importantes frente a lo que se ha conseguido: seguridad social universal, accionariado obrero, obligatoria representación de los trabajadores en la administración de las empresas, obligatoria inversión empresarial en preservación ambiental, ciencia, tecnología, cultura y desarrollo comunitario; aumento del tiempo libre para la atención de la madre y el padre al hijo recién nacido, obligatoria capacitación anual de las empresas para sus trabajadores, etc.

Toda política encaminada a favorecer a los trabajadores y que se contraponga a los intereses de los grupos con poder económico que simplemente buscan maximizar sus ganancias, marca la línea de acción que afecta al sistema capitalista y se ubica a favor de una nueva sociedad.

3. Las capas que han concentrado el poder económico y político en el país han sido tremendamente resistentes a la intervención del Estado en la economía, a su regulación sobre los mercados, a la fijación de impuestos directos y, en definitiva, a la imposición del interés nacional sobre los intereses privados.

En el siglo XIX no existió acción intervencionista del Estado en la economía y las finanzas públicas normalmente fueron raquíticas, además de dependientes de los créditos bancarios (desde mediados del siglo XIX). La creación del Banco Central del Ecuador (1927) fue seriamente resistida y de manera particular por la oligarquía

[17] Juan J. Paz y Miño Cepeda, *Revolución Juliana. Nación, Ejército y bancocracia*, Quito, Editorial Abya-Yala – PUCE - THE, 2000.

"plutócrata" guayaquileña, al igual que la Contraloría y la Superintendencia de Bancos. El impuesto a la renta (1928) ha sido sistemáticamente eludido y evadido por los grandes grupos económicos. El "desarrollismo" de los años 60 y el "petrolerismo" de los 70, que consolidaron un activo papel del Estado en la economía y que promovieron la industria bajo fórmulas proteccionistas, siempre fueron atacados por los sectores oligárquicos más tradicionales. El esquema económico de la Constitución de 1979 fue altamente criticado por empresarios y líderes de las cámaras de la producción. La Constitución de 2008 luce como una bofetada del Estado para los intereses capitalistas particulares, según las críticas de quienes ven afectado su poder y sus intereses.

El discurso antiestatista tiene una profunda raíz oligárquica. Pero es también cierto que, como lo demostró el socialismo del pasado, el monopólico control estatal de la economía resultó un fracaso. En Ecuador la corrupción en las filas de la burocracia es un fenómeno originado en la época colonial. Y, a su vez, un modelo "privatizador" y de "retiro" del Estado, como el que vivió el país desde mediados de los años 80 hasta inicios del nuevo milenio bajo inspiración "neoliberal", concentró la riqueza y privilegió intereses minoritarios.

De acuerdo con las experiencias de la historia ecuatoriana, el proceso hacia una nueva sociedad avanza con la edificación de un Estado institucional con firme y eficaz capacidad para intervenir y regular la economía. Por tanto, ese intervencionismo es necesario al momento de oponer al capitalismo un nuevo régimen. Sin descartar la propiedad estatal de los medios de producción y de los capitales, tampoco cabe pensar en la vieja estatización monopólica que caracterizó al superado socialismo del siglo XX. Además, un nuevo Estado en Ecuador exige un esfuerzo social colectivo para superar la corrupción, el burocratismo y la ineficacia.

4. La concentración de la riqueza en las elites económicas frente a las condiciones de pobreza, miseria, marginalidad, subempleo, desempleo y bajas remuneraciones para los amplios sectores medios y populares es otra de las herencias desde la fundación de la república. Esa concentración se agudizó durante las tres últimas décadas del siglo XX.

En los años 60, en toda Latinoamérica se confió en los "cambios de estructura" y en la "redistribución de la riqueza". En los 80 y 90, por causa de las políticas económicas aperturistas que confiaban en el papel de la empresa privada, el mercado libre absoluto, la desregulación estatal, las "privatizaciones" y la "flexibilidad" y "precarización" del trabajo, Ecuador pasó a ocupar uno de los primeros lugares entre los diez países más inequitativos del mundo.

Revertir esa tendencia y, sobre todo, suprimir cada vez más la desigual distribución de la riqueza, ha sido otra de las acciones resistidas por los grupos de poder económico. Fueron reacios a la creación del impuesto a la renta en 1928 y desde entonces han encontrado mecanismos para eludirlo y evadirlo. Durante el gobierno de Jamil Mahuad (1998-2000) incluso bajo la presión de líderes socialcristianos, dirigentes empresariales y sectores oligárquicos, se suprimió el cobro del impuesto a la renta, suplantado con un impuesto a la circulación de capitales. La medida felizmente no logró mantenerse en el tiempo. Y en la actualidad, el Servicio de Rentas Internas (SRI) ha desplegado un esfuerzo inédito para el cobro del impuesto a la renta (y otros) a aquellos sectores concentradores de la riqueza que habían aprendido a sortearlo.

Ante la abismal diferencia social que ha creado en el Ecuador la concentración de la riqueza y la existencia de una amplia población a la que llega solo otra parte del ingreso nacional, todo camino que apunte a afectar e incluso a liquidar esa concentración de la riqueza, responde a una exigencia que clama la propia historia del país y se dirige a transformar el capitalismo, porque afecta una de sus tendencias más características.

5. El capitalismo es un sistema basado en dos condiciones centrales: la propiedad privada de los medios de producción convertidos en capital (esto es destinados a producir "plusvalía", según el análisis de K. Marx) y la existencia de un mercado libre de fuerza de trabajo ("libre" de medios de producción y, por tanto, que se "vende" por un salario). Esas condiciones solo se generalizan en Ecuador bien entrado el siglo XX. El capitalismo ecuatoriano es muy tardío.

Ese desarrollo descansó sobre la formación histórica de la propiedad privada en el país. Porque, en efecto, esta nace en la época colonial, desde cuando los españoles iniciaron el reparto de las tierras indígenas. Durante los siglos coloniales, la propiedad terrateniente se consolidó en manos criollas a través de una serie de mecanismos: asignaciones del Estado, herencias, compras, disputas jurídicas, etc., pero siempre a costa de las antiguas tierras aborígenes, o directamente afectando las tierras de las comunidades. La hacienda, tanto en la Costa como en la Sierra fue un producto histórico de la apropiación de las tierras indígenas y de la subordinación a ellas de la fuerza de trabajo campesina en condiciones de servidumbre, deuda y trabajo precario.[18]

Durante la república, la propiedad privada se consolidó en manos de los hacendados, grandes comerciantes y banqueros, sectores a los que progresivamente se incorporó la propiedad manufacturera e industrial, así como otras formas de propiedad capitalista.[19] El capital extranjero adquirirá importancia en el país solo desde 1960 y particularmente desde la época petrolera.

La concentración de la propiedad en Ecuador está ligada a la concentración de la riqueza y también al peso e influencia de las clases propietarias en el poder político. Desde 1830, las sucesivas Constituciones decimonónicas se preocuparon fundamentalmente por defender la propiedad privada y por garantizarla. Nuevamente, fue la Constitución de 1929 la que inauguró el concepto de propiedad privada en función social. La Constitución de 1979 era radicalmente atacada a su época porque reconoció cuatro sectores de propiedad: estatal, privada, mixta y autogestionaria[20].

Pero la complejidad económica del Ecuador exige visualizar que junto con la propiedad privada capitalista existen otras formas de propiedad: la de las comunas en la Costa y la Amazonía, la comunidad indígena en la Sierra, las pequeñas y medianas propiedades en manos campesinas o de empresas de clases medias y populares, la propiedad artesanal, la que está en manos de cooperativas u otras asociaciones similares y hasta la de los "microempresarios".

[18] El "sistema hacienda" es la esencia del análisis en el libro de Osvaldo Hurtado, *El poder político en el Ecuador*, Quito, ediciones de la Universidad Católica del Ecuador, 1977 (la obra tiene 17 ediciones posteriores).

[19] Abundan las referencias historiográficas sobre el origen y desarrollo de la propiedad privada en Ecuador y, sobre todo, del desarrollo de la clase terrateniente y de las distintas "fracciones de clase" de la burguesía.

[20] Juan J. Paz y Miño Cepeda (editor), *Asamblea Constituyente y economía. Constituciones en Ecuador*, Quito, Editorial Abya-Yala – PUCE – THE, 2007.

Sin embargo, afectar al sistema capitalista como tal y a la concentración de la riqueza en Ecuador, implica afectar al régimen de la propiedad privada. Ninguna corriente socialista negaría este postulado. De manera que cualquier política destinada a fortalecer y atender las formas de propiedad más comunitarias, coparticipativas, cooperativas, asociativas, etc., se acerca más a los ideales "socialistas" que a los "capitalistas". Y se aleja, al mismo tiempo, del viejo socialismo "estatista" que demostró la ineficacia y hasta inconveniencia del monopolio estatal sobre los medios de producción.

6. Si se retorna al viejo Marx y más aún si verdaderamente se lo comprende, se recordará que su tesis sobre la "inevitabilidad" histórica del socialismo se asienta en su descubrimiento de la contradicción que provoca el capitalismo -cada vez que más avanza-, entre la socialización de las *fuerzas productivas* y la "privatización" de las *relaciones de producción*.

Desde esta perspectiva teórica, la socialización creciente de la propiedad de los medios de producción estaría, en consecuencia, más a tono con esa socialización de las fuerzas productivas. En la compleja gama de sistemas de propiedad existentes en Ecuador, que van desde la propiedad estatal hasta la privada absolutamente capitalista, perfectamente puede afirmarse que mientras más se acerca el régimen económico actualmente existente a un sistema en el que deja de predominar la propiedad privada de tipo capitalista, más cercanamente se está de un régimen "socialista". Y, por oposición, mientras más se fomente un sistema en el que predomine la propiedad privada, más se edifica un modo de producción "capitalista".

Desde luego, la tesis de Marx también sostuvo que el socialismo tendría mejores bases de desarrollo mientras más potenciadas están, a su vez, las fuerzas productivas. Lo cual significa que no bastaría con "socializar" la propiedad, sino que es necesario contar con un sistema económico más avanzado.

Otra vez desde la perspectiva teórica, todo ello significa que la construcción de una nueva sociedad para el Ecuador debe contemplar el progreso productivo, el adelanto tecnológico y científico, la modernización y eficiencia en el uso y asignación de recursos, la convivencia del mercado como esfera para la realización de bienes y servicios (el mercado es más antiguo que el capitalismo y se demostró "superior" al centralismo planificado), etc., acompañados del desarrollo de la *propiedad social de los medios de producción*, bajo variados tipos y formas de existencia, que no deben ni pueden agotarse en la propiedad estatal.

7. El último asunto a considerar tiene que ver con el sentido y alcance del latinoamericanismo. A raíz de la independencia, el despertar de las oligarquías criollas regionales y de los intereses regionalistas fraccionó la antigua unidad de Hispanoamérica en veinte nacientes repúblicas. Por sobre ello, hubo una serie de personalidades que no solo quisieron evitar los fraccionamientos, sino que pensaron en la construcción de Estados unificados.

La Confederación Centroamericana, la Confederación Peruano-Boliviana y la Gran Colombia fueron los primeros esfuerzos unionistas. Destacó el proyecto de Simón Bolívar (1783-1830), quien incluso visualizó la expansión de los intereses norteamericanos y buscó la integración de una gran patria continental con los países que antes fueron colonias españolas, pero sin los EEUU. El Libertador convocó al famoso

Congreso Anfictiónico de Panamá (1826) para afirmar en él su búsqueda por la unión. Todo fracasó y las confederaciones nombradas tuvieron una existencia fugaz.

En 1895 el caudillo liberal Eloy Alfaro convocó a un congreso continental que, pese al entusiasmo inicial, se reunió en México, al año siguiente, con pocos delegados. Fue evidente el boicot que realizaron los EEUU. Pero dicha reunión acordó un contundente documento contra el uso a conveniencia de la "Doctrina Monroe" y proclamó la necesidad de sujetar esa doctrina a un orden jurídico común para América.[21]

Los intentos por revivir la integración latinoamericana tardarán hasta la década de los 60, cuando la teoría de la CEPAL previó la necesidad de filtrar el ingreso del capital extranjero a la región, promover la industrialización sustitutiva de importaciones, desarrollar los mercados internos y realizar la integración económica entre países. Pero esta integración finalmente fue desviada de los planteamientos y objetivos cepalinos originales, pues predominó la visión integracionista para los buenos negocios y las empresas, como ocurrió en el Pacto Andino (1969).

A partir de esa época se multiplicaron las agrupaciones para la "integración económica". Pero siempre los gigantes monopolios y transnacionales "imperialistas" han buscado aprovecharse de ellas, apoyadas por los Estados capitalistas centrales, cuyos intereses se han visto afectados cuando los países latinoamericanos han intentado controlar al capital extranjero, fijar normas para las inversiones foráneas, procurar regulaciones favorables en el comercio internacional, promover un nuevo orden económico mundial y reivindicar nacionalistamente sus recursos.

Visto desde otra perspectiva, en plena época de arranque del proceso de independencia hispanoamericano empezaron a rondar sobre la región los intereses de las grandes potencias capitalistas europeas y hasta de los EEUU. A Inglaterra le interesaban los mercados. Pero, entre otros ejemplos que se puede citar, cuando los ingleses bloquearon a Buenos Aires para imponer *manu militari* la "libertad de los ríos" y su comercio, los habitantes de la ciudad resistieron con éxito y afirmaron con ello su definitiva lucha independentista. Otro ejemplo: contra la Santa Alianza y cualquier intento de reconquista, el presidente James Monroe (1817-1825) lanzó su famoso "americanismo"; pero esa misma doctrina serviría para asegurar la presencia norteamericana en América Latina.

Abundan los estudios sobre la voracidad con la que las potencias capitalistas se lanzaron sobre América Latina para obtener ventajas comerciales, explotar sus recursos, incursionar con sus capitales, etc. Solo la historia de la deuda externa ecuatoriana, tanto la que se originó en la época de la independencia, como la que se generó a partir de 1976 y se acumuló bajo los condicionamientos del FMI, bastaría para entender tanto las políticas "imperialistas" como el entreguismo de una serie de gobiernos y de oligarquías nativas.[22]

Por consiguiente, todo esfuerzo que realice América Latina para integrarse, unirse y, sobre todo, fortalecer con ello su propia soberanía, garantizar su libertad, liquidar la dependencia externa, defender sus recursos, asegurar su desarrollo autónomo, cobrar la

[21] Juan J. Paz y Miño Cepeda, "Eloy Alfaro y el Liberalismo Latinoamericanista", *Removiendo el Presente*… Ob. Cit.
[22] Alberto Acosta, *La deuda eterna*, Quito, Libresa (4ª. edición), 1994.

deuda histórica[23], arremeter contra las deudas impagables, oponerse a los TLC o denunciar el papel de los organismos financieros internacionales y del orden económico mundial que ha contribuido a mantener la dependencia de los países de la "periferia" y la hegemonía del gran capital transnacional, responde a una larga tradición latinoamericana por su propio desarrollo, su identidad y su libertad, y sin duda, sobre la base de esa innegable historia, se alinea correctamente con la tendencia hacia la construcción de una nueva sociedad, que es la que anhela América Latina.

Quito, agosto de 2010

[23] Juan J. Paz y Miño Cepeda, *Deuda Histórica e Historia Inmediata en América Latina*, Quito, Abya-Yala, PUCE - THE, 2004.